

Título: LA SALTADORA. Relatos feministas

Autora editora: michelle renyé

Maquetadora, correctora: michelle renyé

Cubierta: michelle renyé

Correcciones a maquetación de cubierta: Solprint

Imprime: Solprint

D.L.: MA 1148-2020

ISBN: 978-84-09-26963-1

Las imágenes o bien son fotos mías y de mis personas queridas, o bien de amistades que vienen citadas. Los dibujos y collage son de mi autoría, salvo los de la Puerta Azul, que son de las mujeres de Greenham para los boletines y no siempre recordamos autorías.

Historias descargables en mi web, en formato pdf o ebook. Ir a mujerpalabra.net > Creadoras > michelle renyé

Para **reproducción** de los relatos por cualquier medio, se agradece información sobre dónde o para qué se emplearían, y es preciso citar autoría y mi web personal alojada en **mujerpalabra.net > Creadoras > michelle renyé**

Para **ejemplares** en papel titular correo: **Relatos o Prosa 1**

Contacto: michellerenye@mujerpalabra.net

O bien ir a **librería La Cometa**. Calle Antonio Machado 4, Las Lagunas. Mijas. Whatsapp: 622 89 20 28

La saltadora
Relatos feministas

michelle renyé

Índice

Introducción	7
En casa	11
Bella y la bestia	13
La historia del chico griego en la playa.....	19
Irse de casa	29
Dinero.....	31
Escribo en un cartón.....	37
Gata	43
Buscando trabajo.....	47
Viajar.....	59
Carta desde la zona de conflicto.....	61
En el edificio torcido	75
Llegar a la Puerta Azul.....	85
La sorpresa del acoso	107
Mi profe era activista de verdad	109
La saltadora	113
De cuando la saltadora cayó en un pozo.....	117
De cuando la saltadora perdió las malditas partículas .	121
Regenerando la identidad perdida	125
Meditar.....	127
Un espacio	129
Un momento de pánico.....	135

Realidad	137
El misterio de Chihuahua.....	139
He hecho croquetas	153
Era amor.....	161
Comentario	173
Leer poesía.....	179

Introducción

El presente volumen recoge relatos que escribí entre 1991 y 2019. Narran literariamente reflexiones y experiencias vitales desde la inteligencia feminista. Unos son oníricos, otros cotidianos, otros líricos. La mayoría son la misma versión publicada en pdf y ebook en 2015 en mujerpalabra.net, que sigue pudiéndose descargar de forma gratuita. Cinco años después de subirlos, el contador ha anotado más de 10.000 descargas entre los dos formatos, y para mi sorpresa el pdf es, con mucha diferencia, el más empleado. (Eso cambiaría si se supiera más que hay ebooks sin luz.)

Las diferencias respecto a la versión descargable en mi web creo que no afectan a los relatos individualmente. Colectivamente, en esta primera edición en papel, he introducido una organización en bloques con portadilla, que le da un marco específico para otros días de interpretación.

Esta introducción es nueva y del prólogo del 2014 totalmente reescrito creo el Comentario. Ha sido inevitable, por la *evolución social* y todo lo aprendido gracias al movimiento de la inteligencia feminista en estos cinco años. La esencia de lo expresado es la misma.

A vivir se aprende hablando con las personas y por ejemplo, leyendo literatura. Espero que podáis hallar en estos relatos alguna pista que allane el camino de la necesaria búsqueda de la propia identidad y el lugar que deseéis ocupar en el mundo.

michelle renyé
Málaga, 2020

*A todas las personas con suficiente empatía,
inteligencia y valor como para poder saltar*

En casa



Bella y la bestia

Desde que había escuchado el relato de Leonora Carrington (que un día muy raro su madre le leyó) y cogía la bici, echaba de menos tener una larga melena llena de murciélagos y mariposas.

—¿Cuándo vuelves? —gritó María.

—Luego —contestó Bella, que había adoptado el mote de Scout porque no quería tener nada que ver con ese asunto tan penoso de ser una niña.

Empujó la bici y de un brinco se lanzó a pedalear por el camino. Aún no sabía hacia dónde.

El cielo estaba azul claro puro, su bici era naranja y la velocidad, la libertad de movimiento, la inundó con su alegría.



Se había encaramado al grueso muro, después de acariciar el musgo oscuro y claro que crecía en algunas de las piedras. Se sentó con las piernas estiradas en el tramo del tejo, debajo de una rama que parecía un toldo. Su cuerpo que-

daba tapado por el tronco desde dentro. Pero si alguien hubiera mirado hacia allí habría visto, asomando por la parte derecha del árbol, unas zapatillas deportivas, sucias y pintarrajeadas, y los bajos de un vaquero deshilachado.

"¿Saldrá el viejo?", pensó mientras le quitaba la corteza a un palo con sus finos y nerviosos dedos, y lanzaba miradas furtivas hacia el jardín echándose un poco para atrás.



La mansión estaba a las afueras del pueblo, en una amplia colina ventosa, a la que Scout le gustaba ir para volar su cometa.

No eran sólo los muros que la protegían, y aquel jardín inmenso y salvaje. A Scout la fascinaba el viejo.

En el pueblo temían a este hombre, y cuando él lo visitaba para abastecerse de vituallas, la gente se apartaba y vigilaba, como se hace con los peligros.

A Scout no le daba miedo porque sólo sabía lo que veía, y sólo veía a un viejo gruñón y a un montón de gente idiota.



"¿Me marcho o salto dentro?" Sentía siempre ganas de colgarse de la rama, lanzar las piernas hacia las partes más firmes y llegar al tronco para dejarse caer en el recinto. Pero aún no se había decidido. Llevaba meses observando al viejo cuando se sentaba en un banco de piedra del jardín a leer,

o a estar ahí, pensando o no pensando, apoyado en su bastón, serio o tranquilo.

Quería acercarse y sentarse a su lado.

"Me voy", pensó. Saltó de lo alto hacia fuera como una pirata del Caribe y volvió a su bici, que se había calentado mucho con el sol porque había olvidado dejarla a la sombra.

Pedaleó veloz hacia el pueblo.



El agua de la fuente estaba fresca. La encantaba jugar con ella y eso hizo.

—Te has mojado. Te van a pegar —dijo Paquito.

—A mí nadie me pega. ¿A ti sí? —contestó ella, más asombrada que enfadada.

—Yo no hago eso.

Scout empezó a echarle agua y a reírse como una loca. Él se asustó, protestó y terminó entregándose al acontecimiento. Calados hasta los huesos, se sentaron a la sombra de un muro blanco, uno al lado del otro, pero mirando al horizonte, como si no se conocieran.



Croquetas, Scout se las comía de un bocado, y eso que tenían el tamaño de "pelotas de fraile", según decía María (la mujer que la cuidaba) entre expansivas carcajadas. Scout creía que "pelotas" eran las de botar, y se reía con María,

porque era gracioso imaginar a un fraile, con sus faldones, intentando controlar varias pelotas botadas al tiempo.

—¿Dónde metes lo que te comes?

—En la tripa —diría con las mejillas como peces globo, frotándose el peto, a punto de estallar en risas.

María era gorda, Scout era flaca. Las dos comían bien.



Scout estaba tumbada sobre un montón de piedras angulosas mirando fijamente la pequeña entrada a otro montón de piedras que tenía delante. Olía a gato y a verano. Las piedras estaban tibias y pinchaban un poco.

Al cabo, salió una gata famélica, maullando como la trompeta en blues de Miles.

Scout se quedó quieta hasta que el animal se acercó. Empezó acariciándola y después intentó cogerla. La gata bufó, la arañó y escapó con un trotecillo, unos pasos más allá. Scout le dio un lametón a la sangre.

Se miraron, la gata y ella. La gata la miraba ahora como si acariciara ella a Scout. Se fue para el campo.

Maullidos diminutos... Asomaron unos gatitos, frágiles y preciosos, con sus huesitos frágiles y su pelo suave. Con sus uñitas enanas y sus ojos grandes. Con toda su preciosidad encima. Scout les hablaba y se reía.



En la mansión abandonada estaba el viejo. Meditaba sobre si salir al jardín. Estaba de mal humor. Caminando impulsiva y torpemente, entró en la biblioteca. Se quedó un rato mirando sus libros. Salió de la sala, de la casa, sin nada, y se sentó en uno de los bancos de piedra del jardín.

Miró hacia el oscuro tejo, oscuro y peligroso, bello e imponente.

Vio las deportivas y los bajos del vaquero.



Scout había pelado una larga rama de sauce y se hacía una pulsera, que luego tiraría a pesar de que le gustaba, porque las pulseras eran cosas de niñas. Se echó un poco para atrás por si aparecía el viejo.

¡Estaba ahí! Dejó de respirar unos segundos: la estaba mirando. El corazón le latía fuerte.

No se lo pensó más. Se encaramó a la rama, trepó hasta el tronco y saltó al interior del jardín.



Con la mano apoyada en el sólido y rugoso tronco (inteniendo pelarlo también, distraída), miró al viejo. Él seguía contemplándola.

Scout se fijó en la tierra un rato. Había hormigas. Atareadas, como siempre. Cargando palitos, pedacitos del mundo mucho más pesados que sus propios cuerpos, como si fueran invencibles.

Miró a su amigo. Echó a andar hacia él. Se sentó a su lado, con las manos entrelazadas en el regazo y la expresión de "Aquí estamos". Le miró de reojo. Él hizo lo mismo.

—¿Y el libro?

El viejo se levantó. Ella le siguió. Entraron en la casa, entraron en la biblioteca. Olía a madera, a papel y a tabaco. Olía muy bien.

Aquel verano Scout aprendió a leer.



COMPOSICIÓN CON FOTO DE LA GATA ABUELA DE LA ALDEA, CLIPART ANÓNIMO DE BICICLETA Y CORTA Y PEGA DE HOJA Y HORMIGAS SOBRE FONDO ABSTRACTO.

La historia del chico griego en la playa

Dedicado a mis amistades de la red cuya mera existencia da ganas de todo, da fuerza para todo

Es un recuerdo de mi adolescencia, borroso casi siempre y preciso en algún detalle. Deseaba intentar contároslo por si os ocurriera como a mí, que pensando esta historia comprendes después lo complejo que es todo, la maraña de hilos que conecta tantos asuntos importantes para las personas individualmente y para las personas en la sociedad.

Se trataba de un chico griego, guapo y grande. Todas sus proporciones y sus formas me parecían preciosas de contemplar. Tenía el pelo negro, de rizos amplios, un poco largo. Los ojos oscuros brillantes con cejas pobladas. Todo el rostro era muy masculino aunque también muy suave debido a su juventud. El cuello, las clavículas, los hombros; los brazos, el torso, las caderas, las piernas; sus manos y sus pies... Creo que en aquel entonces no había visto unas manos y unos pies de una belleza tan equilibrada. ¡Y las uñas! Claras, perfectamente recortadas, ocupando el espacio preciso.

Supongo que estaréis pensando que el chico me gustaba como candidato a novio, o que me atraía como candidato a amante. No, nunca sentí aquello hacia él. Existen otras opciones para los afectos o el placer, aunque culturalmente se nos impida comprenderlas, siquiera pensarlas. (Y cómo te pasas la vida buscándolas, buscando todo aquello que la sociedad no quiere dejarte pensar o comprender jamás.) Yo le contemplaba con la intensidad con la que se disfruta de una obra de arte fuera de un museo; era una escultura griega viva. No sentía hacia él deseo sexual ni amor, platónico o romántico. Era otro tipo de placer. Reunidos en la playa, con rocas altísimas de fondo, rasposas, el mar de sal lleno de formas de vida ignotas extendido hacia el horizonte frente a nosotros, el cielo inmenso y azul sobre nuestras cabezas, con mi hermano, mi madre y la perra haciendo cosas o no haciendo nada, allí, cerca del chiringuito, sentada sobre la arena, yo recibía la imagen del chico griego con el mismo placer con el que recibía todo aquello, en aquel momento pleno: estar ahí, disfrutando de la vida.

El mayor misterio de la escena era que el chico, tímido y afable, se me acercaba, buscaba mi compañía. Yo era una adolescente rebelde para el mundo porque el mundo no quería ver cuánto daño nos hacía a las adolescentes. Y me defendía con mi más eficaz herramienta, criminalizada sin inteligencia en la sociedad, mi tabla de salvación: un carácter fuerte. Si ser adolescente me había convertido en una pieza para los cazadores, que no dudaban en exponer públicamente su baboso deseo sexual (ese mismo que les lleva a violar *si pueden* porque no saben

separar deseo de tortura, no sólo en las guerras y desastres naturales, también en casa, en la calle, en las luminosas oficinas caras y en los callejones), torturándonos así siempre con su terrorismo de género, acosándonos para que no podamos ni pensar en nuestras cosas, para que no podamos considerar nada que no sea su existencia, su existencia que lo llena todo con su continuada violencia conceptual, de palabra y acción contra todas las mujeres; si ser adolescente me había ubicado en un mundo de extrema violencia contra mi persona y mi mente, asignándome el papel de objeto y de víctima, yo no iba a aceptarlo, iba a rechazarlo con todo mi ser, sin consideración de las consecuencias, porque incluso las consecuencias estaban diseñadas para someterme, para reducirme a ser usada. Opté por las maneras de *marimacho* y por la personalidad eterna adolescente, es decir, de persona que mantiene la intensidad vital sabiendo que lo va a tener todo en contra, por lo que está alerta y preparada para lo que intentarán: aniquilarte. Ya cambiarás. *Cambiarás tú o a mí no me verás.* Nunca vas a encontrar novio. *Mejor libre que perdida.* Con lo mona que podrías estar si... *No soy una muñeca.* ¿Y qué tiene de malo ese chico? *Pinchar mariposas en terciopelo no indica amor sino desprecio.* (Me río, aunque la lucha ha sido digna de poemas o películas que no existen; la música, eso sí, siempre ha sonado para quien la pudiera escuchar...) Mientras os cuento esto, a mis ochenta años, el pelo completamente cano, llevo dos coletas, de las altas, y camino descalza cuando quiero, como entonces.

Por qué aquel muchacho, con su sonrisa callada y su mirada calma como un paisaje mediterráneo bajo el sol,

quería pasar tiempo conmigo me era desconocido. Supongo que hablaríamos, aunque más bien imagino que sobre todo hablaría yo; supongo que jugaríamos al balón, que saldríamos en exploraciones marinas y a nadar (no a tocarnos bajo el agua, digo a explorar qué había en el mar y a disfrutar nadando). Sé que íbamos al chiringuito, a comer chanquetes, que me volvían literalmente loca (es un decir) porque no me planteaba yo entonces qué eran los chanquetes (peces bebé según supe después, cuando los prohibieron). Un chiringuito que resultó ser de su familia, algo de lo que me enteré el día en que el chico griego me propuso venir a buscarme a mi hotel para que saliéramos a cenar.

Mi madre me miró con la ternura y la picaresca con que las personas adultas miran a las adolescentes cuando creen que vas a hacer por primera vez algo que conocen bien. He de decir que mi madre, a mis 16 años, me había informado sobre dos cosas importantes: que si quería probar las drogas, se lo dijera, porque ella las traería y las tomaríamos juntas pues las sustancias que afectan a la percepción hay que tomarlas sólo con gente que te quiere por si te sientan mal; y que si decidía probarlas sin ella, recordara que probar no era tomar la misma dosis de quienes las consumen habitualmente, si no menos. (Mi madre creía en la educación.) La segunda cosa que me dijo fue: si quieres acostarte con algún chico avísame, y te traigo condones. Tienes que usarlos para no quedarte embarazada y para no contraer enfermedades. Y si te decides por hacerlo sólo con una persona, lo mejor es un DIU.

Yo, con mi desprecio abierto a todo lo que pudiera ubicarme en desear el mundo que me estaba asfixiando e intentando siempre romper las alas, tenía descartadísimas las relaciones sexuales (entonces sólo concebía que pudieran ser heterosexuales, tal es la eficacia del bombardeo ideológico que sufrimos desde bebitas), reaccioné con escándalo ante la idea de que mi madre pudiera concebir que yo pudiera tener algún interés en *acostarme* con un chico. Si las mujeres estaban ahí para ser usadas al margen de su voluntad, yo no iba a ser una mujer, mientras pudiera evitarlo y defenderme. Rechazaba el mundo del Amor: no pensaba casarme, jamás aprendería a realizar las tareas que se espera que las mujeres realicen sin esfuerzo por su condición de mujer, como cocinar o parir, viviría sola o con amistades; aprendería a conducir, y ganaría dinero con mi trabajo, dinero que además pensaba compartir con quien no lo tuviera. Sería autodidacta en aprender a respetarme, me querría bien. Mi vida no la iba a guiar aquel oprimido papel de reparto, sino un ideal humano: mi creatividad sólo podría ser acogida por una comprensión profunda de la libertad, y mi capacidad de amar crecería en el territorio del verdadero amor, de la solidaridad, nunca en el de la Familia y el Matrimonio.

Me enfureció la mirada adulta de mi madre, por tanto. Como era habitual entonces, me alejé de ella escuchando fuego y humeante. Pero acepté la invitación del chico griego, porque de la misma manera que intuía que nadie debe forzar a nadie bajo ningún concepto, entendía también que cuando alguien ofrece un regalo, no es amable rechazarlo. Bueno, hubo algo más. Cuando el chico me

pidió salir aquella noche, sentí algo que rara vez he sentido, y que de hecho, no me gusta sentir: halago. Ciertamente, palpitaba salvaje debajo de aquel sentimiento la emoción de la aventura... Pero sentí también (y esto sí que me lo había validado la sociedad) como si aquello, que aquel chico me pidiera salir a cenar, me convirtiera en una persona excepcional. Esto siempre es peligroso, yo ya lo intuía, porque si tu excepcionalidad depende de que otras personas así la reconozcan, serás dependiente. Le ha pasado al Hombre en la historia, y le ha generado tal adicción que ha sido capaz de ejercer cualquier violencia para lograr que otros Hombres le consideren excepcional (algo que significa en realidad, que le envidien o teman). Existen muchos tipos de esclavitud, pero ésta es humillante, porque obliga a vivir renunciando al uso de la inteligencia. Por eso desde la Antigüedad, Él siempre ha demonizado el amor al conocimiento en las mujeres, y ha ignorado o torturado a los hombres que no podían renunciar a él. Para Él, no existe más mundo que el del Hombre Sobre la Mujer, no existe ni puede existir un planeta de personas. Jamás ha echado de menos a las mujeres, el poder contar con la mente de las mujeres también para organizar y resolver el mundo, para convivir en él. Su propaganda, difundida hasta la náusea en mitos y en la Historia, las ha presentado como inferiores, malas y peligrosas. El cuento que justifica que se las reprima y explote, el cuento que desde siempre, continuamente, las ha despojado de su condición humana.

Hasta aquel día, el chico griego y yo sólo nos habíamos visto en bañador. La playa no entiende de clases sociales. En cualquier caso, el chico y yo no habíamos con-

siderado qué aspecto tendríamos fuera de nuestro escenario habitual. En el hotel, con mi ropa aún arrugada en la mochila, supe de inmediato qué me pondría: mi conjunto favorito de entonces, un peto vaquero con los bajos deshilachados y el pecho lleno de broches de arcilla que me había hecho yo misma. Iría descalza y con el pelo suelto (*Sí —aburrida mortíferamente—, con esos pelos*).

A las ocho, salía precipitada del hotel (siempre me ha dado vértigo llegar tarde). El chico griego, vestido elegantemente, estaba de pie junto a una limusina. Esto me hizo reír, primero porque creí que era una broma y luego porque me pareció el inicio de una gran aventura. ¡Qué misterio! Sin darnos un beso, haciendo como que le daba un puñetazo en el estómago a modo de saludo, nos montamos los dos, risueños, en el vehículo. Él iba curioseando los broches de arcilla, uno por uno, y me hacía breves preguntas. Yo las contestaba rápido porque tenía miles de complicadas preguntas que hacerle. Él parecía encantado con todo. Y mientras me respondía a alguna, empecé a descubrir rasgos de su carácter que no me encajaban bien con la belleza de sus formas y la amabilidad de su trato. Sorpresa en emboscada: él sentía, al parecer, que yo debía de estar profundamente impresionada por el hecho de que él tuviera un vehículo lujoso y aquellas cadenas de oro macizo y aquel traje de hombre, con pliegues afilados y rayas. No me hubiera molestado sentirme impresionada por todo aquello, si eso le parecía importante y en correspondencia a su amabilidad de trato hacia mí, pero he de decir que a mí los vehículos no me han impresionado nunca, y creo que es científico añadir que mis afectos esté-ticos no los

suscitan los símbolos del poder y el estatus. (Para que os hagáis una idea, un trozo de sal del Mar Muerto o un collar hecho a mano con bolas de arcilla y trocitos de cosas rotas me parecen regalos emocionantes). El restaurante era de sus padres. No supe por qué, pero aquello me defraudó; era como si convirtiera en falsa aventura toda aquella promesa de noche.

Creo que la cena estuvo bien, respecto a la comida, sólo en eso, porque yo había tenido que ir, gradualmente, replegándome en mí misma, desbordada por tanto descubrimiento de asuntos con los que no había contado y que no me eran gratos, desbordada por aquel chico al que yo no había conocido en la playa, que había aparecido de pronto unido a tantos objetos caros en aquel laberinto de ostentación. Él seguía sonriendo con la sonrisa de siempre, sólo que en el nuevo contexto, le imprimía otro carácter. Su amabilidad, que tanto me había impresionado, empezó a metamorfosearse en una trampa de pétalos de rosa que él iba poniendo a mi paso por el mundo. Debilitada, ciertamente, por las nuevas percepciones que iban cociéndose en mi cerebro, no supe decir "no" cuando me anunció que íbamos a su casa: quería que viera donde vivía y presentarme al resto de su familia.

Acabo de perder interés en seguir contando esta historia. Tengo ganas de salir corriendo al jardín, porque ha empezado a llover y hay una higuera. Me encanta el olor de la higuera.

Resultó que aquel muchacho griego concibió que yo pudiera pertenecer a una mansión llena de nichos con platos de oro e inscripciones en lenguas exóticas. Mi cons-

ciencia de que él me había visto libre en la playa, feliz, y que pudiera concebir aquello me aterrorizó. Luchando por mi vida (cómo explicar lo profundo y lo literal que es esto), pregunté dónde estaba el cuarto de baño. Me encerré con llave y salté por la ventana.

Corrí en la noche sin saber a dónde, a pesar de los pinchos y las piedras picudas, a través de un paisaje muy bonito, eso sí, de tierra roja y arbustos verdes, envueltos en la extraña luz de la luna llena. Estuve "desaparecida" muchas horas, las que me llevó alcanzar un lugar con gente. (Un pub con jardín y música negra, maravilloso.) Conseguí que alguien me acercara a mi hotel, algo que pasó sin que tuviera, de nuevo, que huir, saltando esta vez de una furgoneta.

En la habitación de nuestra madre, les conté a ella y a mi hermano lo que había pasado, mientras acariciaba a mi perra, que estaba sobreexcitada porque sabía que algún peligro había corrido yo, y supimos de inmediato qué hacer: decidimos buscar al día siguiente otra playa.

Irse de casa



FOTO DE JULIO CASTELLÓ (FRAGMENTO)

Dinero

Lo primero que aprendí del dinero es que servía para hacer feliz a la gente, para reunirla y hacer posible momentos de bienestar y alegría compartida. Al tiempo aprendí, como en un mundo paralelo, que había personas insensibles a la felicidad. Sólo percibían las cosas materiales y concentraban sus fuerzas en hacerse con ellas, incapaces de ver a las personas con las que podrían compartirlas, incapaces, así, de disfrutar de la vida. En mi imaginación, mi primer borrador del mundo tenía dos zonas, la de luz, donde habitaban quienes amaban vivir y sabían por tanto qué cosas eran importantes, y la de las sombras, donde como moscas contra un cristal se golpeaba una y otra vez una mayoría ciega y ansiosa, que sólo sabía relacionarse en función de la posesión y acumulación de cosas, a través de ellas. Como niña, contemplaba los dos mundos, participaba en el de la luz con todo mi ser atento y abierto, sensible, e intentaba avisar a mi madre de los peligros siempre inminentes que traían consigo los seres de las sombras, aunque sin éxito. Sin embargo, como niña, sobre todas las cosas lo que prevalecía de manera implacable era que estaba fuera. Era pequeña y el mundo inconcebiblemente grande y complejo. Era un

puntito, casi sin cuerpo, sin presencia en el cosmos. Lo sabía además por mi pesadilla infantil recurrente, que me asaltaba cuando la comprensión del mundo se agolpaba en la ola atroz que lo engullía todo: yo, minúscula, al borde del abismo, a punto de ser aplastada por lo gigante, que ni sería consciente en ningún momento de su acción.

De una manera extraña, aleatoria y al tiempo significativa, como el vuelo de una mariposa, de una hoja muerta, o de una bolsa de plástico, aprendí algo que marcaría todas mis elecciones, las conscientes y las inconscientes: que el dinero me generaba rechazo aunque supiera que podía posibilitar el bienestar y la felicidad. Por tanto, cuando me independicé, resolví ubicarlo en su lugar: no amaría el dinero ni lo desearía; no le permitiría jamás fijarme en el espacio, atraparme y someterme; aprendería a vivir sin que mi alegría y mi capacidad de querer o relacionarme con la gente dependiera de tener más dinero que el literalmente necesario para sobrevivir y poder disponer de tiempo para descansar y compartir. Como mi madre, abriría espacios de plenitud de vida, aunque no dependiendo del dinero en la medida en que ella dependió, regalándolo todo porque lo importante era hacer feliz a la gente. Yo quería resolver el problema del ansia y la mezquindad de los seres de las sombras en torno a quien comparte su dinero, y al tiempo seguir perteneciendo a la saga de quienes saben identificar las cosas importantes: saber ver dónde hay potencial de vida y saber qué hacer para construirla —construirla, sí, así de esforzado, porque todo requiere un trabajo colosal, incluso la alegría, esa voluntad robusta, el trabajo de estar viva y actuar en consecuencia.

Rechacé profesiones que me darían posición y dinero, gracias a mi inteligencia clara del mundo de la luz, tan escurridiza para las cadenas, y conseguí un trabajo común que me gustaba con el que podía ganarme la vida, estudiar por las mañanas y no dejar que el dinero fuera un obstáculo para compartir: con mi fajo de billetes en mano a fin de mes, que me permitiría pagar el alquiler y tener para comer, podía regalar cosas, pagar rondas, comprar libros, música, billetes para conciertos, compartir el espacio donde viviera, prestar mi habitación, mi cama, incluso mi cuerpo, todo para que el mundo de la luz pudiera existir, para crear la vida pura, auténtica, de la felicidad en compañía, con aquellas pequeñas cantidades de dinero que se convertían en grandes oportunidades de felicidad compartida.

Supongo que ahora se podrá ir vislumbrando que lo que en la infancia fue síntoma de inteligencia, en la vida de una mujer joven estaba conduciéndome a un camino rocoso y espinoso, aunque no del tipo por el que transitó mi madre, regalándolo todo y luego siendo abandonada, borrada de la memoria de tanta gente... Avanzando en mi camino de independencia, llegó un punto en que necesité más libertad, más no necesitar el dinero, y me precipité, en una absoluta medida de inconsciencia, en la pobreza, como una suicida que se lanza desde una azotea para liberarse de la insoportable pesadez del cuerpo; no como un hombre de la clase media que se lanza a la aventura sabiendo que su familia le está guardando lo que legítimamente es suyo. Me impulsé al mundo como si fuera una persona sin un lugar posible en el mundo.

La pobreza, si la buscas, a diferencia de las armas y el suicidio, es accesible a cualquiera, y fabrica algo tan sólido como la piedra: muerde con rabia si puede. Fui vagabunda, que es traspasar el último umbral, el que se encuentra más allá de la pobreza. La desesperación de la pobreza obrera no la tiene la persona sin un lugar, ese afán por juntar poquitos para estirarlos y, dosificándolos, poder sobrevivir día tras día a lo largo del tiempo. En la desposesión radical de la vagabunda no existe más que el momento, por eso no cabe la esperanza ni cabe el esfuerzo. Una moneda, ese objeto concreto, es un zumo de naranja natural, una botella de vino rojo, y ocupa de pronto el territorio duro de estar siempre expuesta, lo reemplaza, de manera absoluta y total. Puedes dejar de mirar, sonada, los pares de pies que se dirigen a un lugar propio, donde descansar, donde están personas que te esperan. Tomarte el zumo, el pastel de merengue que la gente con casa no se pide porque calculan que no pueden pagarlo, el trago de vino o el litro de vino, es un instante que lo llena todo, porque el tiempo, para una vagabunda, es así de corto, el que en se está viva y no muerta ni enajenada. El tiempo de sentir el cuerpo, reencontrarte con él, no sentir dolor sino alivio, incluso placer.

Antes de no tener nada, gracias a tener un poco, había podido pensar y elegir; era yo, alguien consciente de que construía mi vida teniendo en cuenta lo que deseaba ser, sentir, hacer... Sin embargo, al avanzar más allá respecto a rechazar el dinero, me encontré frente a frente con dos realidades tan enormes que el desenlace para las personas atrapadas en ellas suele ser la enajenación permanente o la

muerte: la falta de un espacio seguro donde descansar y guarecerme, y el frío. El hambre, extrañamente, no fue nunca un problema de igual magnitud, como si el cuerpo se acostumbrara a no comer y bastara con echar algo al estómago, un cachito así, del tamaño físico del estómago, cada dos o tres días. No teniendo nada, ni siquiera, sin duda alguna, un pequeño espacio donde poder estar en el mundo, no podías pensar, mucho menos elegir, sólo podías sobrevivir momento a momento. Esto no era, con todo, lo más doloroso o peligroso. Había una realidad que se imponía con la calidad de la crueldad, la sordidez de lo desmedido: el papel de las otras personas. Quienes pasaban junto a ti se debatían ferozmente entre no verte, no constatar tu existencia en ningún sentido, in-visualizarte en términos absolutos, y necesitar juzgarte y condenarte a causa del miedo que generaba lo que sentían como su pequeño crimen, la culpa, ese motor de la violencia subsiguiente, que se nutre de sepultar nuestra empatía natural hacia otra persona que se ve en una situación vulnerable o de sufrimiento que incluye el temido sufrimiento físico.

Fue en la calle donde aprendí en qué medida reproducimos la cultura hondamente asimilada perpetuando su sistema de violencia al forzar en nuestra mente la distorsión de todo instinto verdaderamente humano.



"¿Y cómo estás ahora aquí?" me pregunta Ana en la clase. Estaba contando una historia y han sabido que está cons-

truida con material auténtico, que todo es verdad, como en las historias de siempre, que no son las que cuentan los patriarcas que inventaron la literatura y se obsesionaron con la capacidad del Hombre de insuflar vida en personajes de ficción.

"Cierto, estoy aquí. Es una pregunta impresionante y preciosa."

Escribo en un cartón

He oído que van a ir a cenar donde las monjas. Yo no voy. No es miedo, no es dignidad. Es evitar escenas fuertes mientras dependa de mí. Lo siento, Lazy. Ya encontraremos algo. Algo ocurrirá, quizá.

Ayer fue un buen día. Lazy miraba a una familia que comía en la terraza de la ciudad, de esta ciudad, en una terraza, estaban juntos y reían. Le dieron trocitos de carne. El camarero la echó, nos echó como si tirara la basura, a la basura.

La panadera nos trajo una bolsa de pan duro adónde dónde estábamos, aquí, a la plaza de los cines Luna, los cines Luna, *Vamos al cine, ¿qué echan?* Bebí mucha agua después, o estaba fría, menos fría que mis tripas, más fría que la nieve, me puse enferma, tiré el resto.

Tiré el resto. Así fue, el resto.



Escribo en un cartón. El boli lo encontré a la salida de un colegio. ¡Qué coincidencia! Me llamo Sara. Tenía instituto. Sé escribir. Me cuesta. Debo esforzarme. No abandonarme. Mi memoria no lo borrará todo. Los recuerdos, las palabras,

los sentimientos. Los mecheros, los bolis, el hambre. El frío y el desamparo, el frío. El frío.



¿Es macho o hembra? Es falta de intimidad. Constante constantemente te van a hacer daño. No tú, Lazy, tan dulce, tan bella con tus ojos de almendra y tu hocico tibio descansando descansando en mi pierna, descansando. Tus ojos de almendro en flor. Los soldados. La policía. Los porteros. "Cumplir con el deber", el deber sagrado de provocar dolor. Las viejas prostitutas, ¡valientes!, ¡fuertes! Pero no les importa. No hay respeto para las personas. No hay respeto. Vagabunda, sin rumbo, no hay rumbo. Dibilíbí dabalabá, no hay escapatoria... Y África cuna, acuna, no hay cuna. Tan poderosos que dan náuseas. Me espanta. Sin DNI no somos nada, no hay cuna.

Me quitaron la bolsa. Mi bolsa de plástico blanca, nívea, era blanca como la nieve, como la nieve sucia, nieve sucia. Guardaba un trozo de moqueta —*eso es basura*— un trozo de moqueta. Me hace bien: me aísla. Me aísla del frío suelo, en el frío suelo, echada en el frío de mármol, mausoleo, mármol que no me deja dormir, duro, duro, frío. Me aísla del mármol que no me deja dormir. Acento en "aísla". Tenía un rollo de papel higiénico del bar. Tenía el DNI.

Me robaron la bolsa. Borrachos, soldados. ¿Por qué se ríen cuando hacen daño? ¿No fueron personas también? ¿Es hembra? Se reían, se reían fuerte, lo ocupaban todo, una invasión militar. ¿Llevan niñas muertas en el macuto?

Qué tristeza tan honda. Sentí pena por los bebés. ¿Se las llevan para devorarlas? A mí me dejan caer, sueltan las presa... Suelta. Cae. Andrajo.



Hace sol. Qué buen día. Hay cajas de cartón llenas de ropa vieja. He encontrado un bolsito. Me lo cuelgo al cuello. Tiene trozos de espejo borroso... Velado. Cabría perfecto el DNI. Me lo cuelgo al cuello, me lo meto debajo del jersey, que nadie lo vea, que nadie me lo quite. Guardo trozos de papel higiénico. Me vendrá el periodo un día.

Tenemos que ir al ginecólogo. Tendrías que tener el periodo ya. "No tengo el periodo porque no quiero. Cuando quiera lo tendré." Y un día tuve miedo, como si toda la sangre desechable, fuera a llenarme el cuerpo por dentro. Entonces me vino. Y un día volverá. (Me río, es gracioso.) *Volverán las oscuras golondrinas...* Volverá el oscuro periodo, a mi balcón, a manchar mi balcón de sucia vagabunda.



La gente pasa. Van a un lugar, eso es rotundo. Van a un lugar, siempre. A algún lugar seguro.

Tengo que ir al baño un día. Dormir antes, entonces podré ir al baño. Dormir de día, con el calor de la gente de la calle. Lazy, tenemos que dormir, tenemos que encontrar un lugar seguro. ¿Dónde no van los hombres?

Vamos al MacDonalds a calentarnos. Las dos, mi amor, las dos, juntas. A colarnos en los servicios de mujeres.

Son las 16.03. El reloj de cuarzo de la plaza. Me llamo Sara. Ésta es Lazy. Cumplimos años en primavera, las dos.

Me acuerdo. Incluso lo bien aprendido se puede olvidar. Incluso lo evidente.

16:03

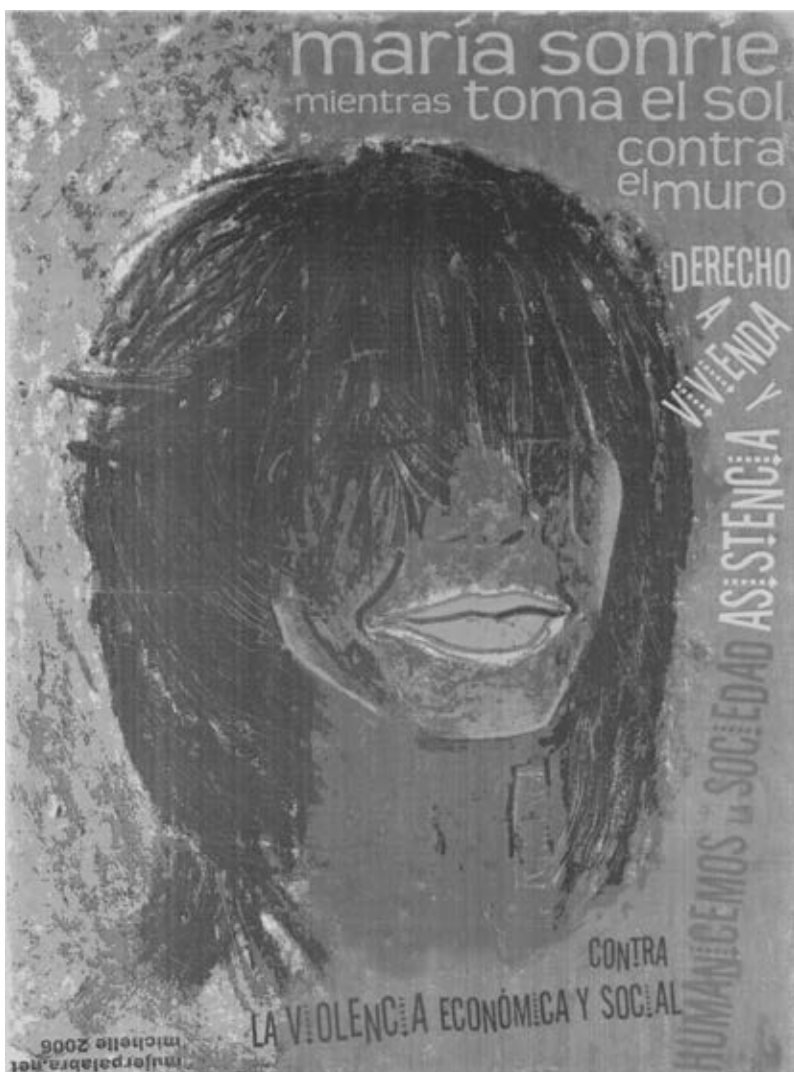
Yo no voy a olvidar. El cuerpo encogido de frío como un bebé, aunque era viejo. No lloré. Tengo un pozo de frialdad en mi interior, de siempre. Miro algo trágico y a veces me quedo fría. O cuando discuto, por eso huyo de las discusiones. Tengo un genio terrible que asusta. No sé cómo se llamaba... No tuvimos mucho tiempo para hablar. Todo el tiempo, nada de tiempo. Se lo llevaron envuelto en un plástico lechoso. No entiendo por qué asusta, si tengo más cosas, cosas buenas. Pero nunca importa nada. Así pues, ruedo por el suelo, como una hoja leve y muerta.

La mujer que dice "raíz cuadrada de hombre por raíz cuadrada de mujer igual a raíz cuadrada, dibilibí, davalabá, dubulubú, debelebé, dobolobó, cakukí, kikucá" no está loca. Está sola y por eso se habla. Practica, como yo ahora.

Voy a quemar este cartón. No me lo quitarán. Vamos a por nuestra bolsa de fruta picada. ¡Gracias, gracias, frutera bonita, gracias!



He empezado a fumar. Pido un cigarro, por favor. Echo tanto de menos la música. Y ver al viejo, con sus surcos y sus ojos claros. Ójalá —



CARTEL PARA MUJERES DE NEGRO DE MADRID SOBRE LA VIOLENCIA ECONÓMICA Y SOCIAL, NO IMPRESO POR FALTA DE RECURSOS. APARECE RETRATADA MARÍA, QUE VIVÍA EN LA CALLE. COMPARTIMOS LA BUHARDILLA HASTA QUE LA PERDIMOS. YO ENCONTRÉ PISO COMPARTIDO.

Gata

Repartía en casa lo que cazaba por los tejados o las casas vecinas. Albóndigas, filetes empanados, pájaros. Y una vez, un ratón, que por fortuna no se comieron. La buhardilla no tenía agua, ni aseo, ni desagüe. No había luz ni fuente de calor. Ser libre significaba pobreza. No sabía yo entonces que la vida era tan exigente con la materia y que el cuerpo, además, prefiere las cosas afables. Humphrey y Poco no cazaban. Humphrey por perezoso y Poco porque era tan pequeño y frágil que parecía un ratón, lo que es un tanto humillante si, de hecho, eres un felino. La caza se distribuía de la siguiente manera: primero para el pequeño, después para el macho adulto, y el resto era para la propia Gata y para la perra, Lazy, con quien compartía su vida sexual y una cálida relación de compañerismo. A mí me tocaba algo cuando se zampaban un pajarillo. Gata dejaba las alas unidas en lo que era mi cama, una ofrenda, y yo, a modo de correspondencia, iba construyendo un móvil, un tanto extraño porque usaba cordeles de la calle, o cuerda, o alambritos.

Gata tenía un aspecto impecable de callejera. Era blanca, con manchas variadas y oscuras. Humphrey y Poco

eran blancos también; el primero de blanco mullido, con manchas grises, y el segundo de un blanco triste, con islas ni de color canela. La perra era una preciosa mezcla de setter gordon y collie negro, con aspecto de setter patiocorto de hocico estilizado. Posaba como una princesa, era dulce como la primavera y tenía miedo al mundo.

En conjunto, formábamos un buen equipo. Todos sabían que yo era la coordinadora general, pero gracias a Gata eran autónomos. Cuando mejoró la situación económica compré una gran fuente redonda de barro y una cocina de dos fuegos de camping gas, donde además de cocer agua para el café, preparaba carne de caballo, dulce y asquerosa, o hígado de cerdo con arroz y zanahorias. La verdura y la fruta nos la proporcionaba una solidaria fruterera que me vendía una bolsa de verduras descartables a 25 pesetas. Comíamos juntos hasta saciarnos y nunca nadie intentó ser egoísta. Quizá exagero.

Después Gata iniciaba el ritual del aseo empezando por el escuálido Poco y terminando con una placentera sesión con la perra. De ella aprendí que había asuntos que requerían un orden; la alimentación, el aseo y las curas. Aquel mismo orden fue el que aplicó cuando nos contagiamos de tiña. Yo no había sido cauta al recoger al gatito de un cubo de basura en El Retiro, y se desató la tragedia. El veterinario auguró 40 días de ostracismo, pero lo cierto es que los bichos malos murieron congelados a los 10 días. Entre tanto, Gata convocaba a todo el mundo por medios no siempre noviolentos, casi poniéndolos en fila, y yo les pintaba las agujijoneantes heridas con yodo. Por la mañana, repetíamos la operación con polvos medicinales.

Fue una época "bohemia": éramos *libres*, pasábamos frío y hambre, subíamos al tejado a ver cómo la luz de la noche en la ciudad ascendía hacia el espacio estelar como el humo de un cigarrillo... Cuando cocía café, lo colaba con un calcetín. Robaba papel higiénico en los macdonalds y a veces iba allí a descongelarme con el secador de manos.

En aquellos días dejó de visitarnos Shiva, una felina que entraba por el cristal roto de la ventana para atacarnos y que después se situaba como una gata egipcia en una esquina para sentirse integrada en nuestro calor singular. Gata sabía que no amenazaba su relación con nadie en la buhardilla y nunca se pelearon. O eso imagino yo.

Sobre el final, sobre nuestro final, no puedo decir ahora nada. Quizá otro día, cuando sentada sobre otras tejas descubra que Gata consiguió de hecho escapar cuando nos arrebataron aquel espacio.

Pero sí quisiera decir que tengo la impresión de que la vida siempre nos pareció a los dos, a Gata y a mí, bastante emocionante.



GATA EN LAS TEJAS DE LA BUHARDILLA, CUBIERTAS CON UN TROZO DE MOQUETA



EN LA BUHARDILLA, DONDE VIVÍA CUANDO ME FUI DE CASA,
Y DONDE NOS REUNIÁMOS A VECES PARA LEERNOS LO QUE ESCRIBÍAMOS.
FOTO DE JULIO CASTELLÓ

Buscando trabajo

A grandes zancadas, como una niña atragantándose a pasteles, voy a buscar trabajo. Surco la amplia acera casi solitaria. Cruzo la calle con el aplomo de una peatona consciente del derecho que la otorga el paso de cebra, a pesar de que el hombrecito rojo ordena el alto. Un coche frena en seco. Su conductor grita algo que no entiendo y yo sigo. Alcanzo el portal dispuesta a enfrentarme sin contorsiones emocionales al portero, pero la frialdad se me viene abajo cuando encuentro al hombre concentrado haciendo ganchillo. Le sonrío y él no pregunta. La mañana empieza bonita.

Aunque el ascensor me seduce con sus hierros negros retorcidos y sus cristales lechosos grabados con rocambolescas marañas de flores y pájaros, decido trepar por la escalera. Me detengo en el escalón treinta y tres y grabo sobre el yeso amarillento "Bonito". Al cerrar la navaja me corto el índice. Finalmente llego ante la inmensa puerta lúgubre. BRAGAS S.A. Llamo. El ring-ring seco y estridente me perfora el tímpano.

Mi sombrero de terciopelo morado y ala ancha imperial hipnotiza al hombre pánfilo que abre, lo que me facilita el paso al hall de recepción donde una mujer abando-

nada a la estética de mercado me pregunta, tímida, que qué deseo. "Desearía", le digo abriendo los dedos como un abanico sobre el mostrador y acercando mi nariz a la suya, tan pequeña, "que dejaras de ocultar tu belleza bajo esa plasta de maquillaje" (El pánfilo se escabulle a su despacho). "Y además", añado incorporándome, "quiero ver al ejecutivo Bonifacio Respingo".

La mujer aguanta con la actitud de una heroína bíblica (pero hay algo en su contención que me conmueve), y con la mesura y determinación que dicen las caracteriza pregunta: "¿A quién debo anunciar?". Tardo en responder porque me indigna descubrir que le hacen llevar en una chapita gris su nombre precedido del espantoso "Srta". "¿No sería mejor —comienzo por comentar— que si quisieran saber tu nombre te lo preguntaran?" Esto de las etiquetas nunca me ha convencido. Estoy más bien a favor de la comunicación. Ella no contesta. "Además", prosigo, "lo de Srta. es equivalente en este mundo absurdo a lo de libre en un taxi, porque los hombres nunca se han creído que somos personas". (Mi madre decía que tenía facilidad de palabra. Que debería ser abogada.) Gertrudis (ése es su nombre) duda. (Y qué bonita está la gente cuando duda.) Decido rápido suavizar la abrumadora tensión en la que se ve envuelta con una de mis sonrisas más dulces, pero llaman al timbre. Gertrudis, con sus labios rojo-amanecer-en-Shangai aún ligeramente separados, y esos ojos castaños de pestañas largas rebozadas en rímel abiertos como el objetivo de una cámara, clava la visual en la puerta y se lanza a pasitos de gorrión despavorido a la misión de

abrirlo antes de que el timbrazo atente una segunda vez. Está sofocada, pero aún bajo control.

Es el electricista. Viene a poner unos enchufes. "Espere un momento, por favor..." me dice. "África", aclaro, amable, "me llamo África". Gertrudis aparta la mirada de mí con esfuerzo y desaparece tras una puerta, escoltada por el hombre del mono azul. Reflexiono sobre Gertrudis. Ciertamente se trata de una mujer con capacidad de escucha (parecía enterarse de lo que la decía) y, por tanto, sensible (lógica deducción). Se abruma porque es tímida e insegura (evidentemente), pero es valiente y, probablemente, generosa. A esto se le llama "capacidad de adentramiento psicológico", me lo dijo un día una psicóloga. En el pasado, cuando he buscado trabajo y se han dado situaciones similares, he tendido a acabar en la comisaría o a aterrizar en la calle. No obstante, persevero, porque si algo se le puede sacar al aprendizaje obligatorio de ser Mujer en este mundo es, por ejemplo, el desarrollo de la perseverancia, de la insistencia en ser una contra todo. En la traducción social, tiene otro nombre: "inadaptada social", lo que es reivindicable también porque... ¿quién quiere estar adaptada en un mundo tan grotesco como éste? Gertrudis parece una secretaria prototipo, pero también parece una persona. Me cae bien. Muy bien.

El escuálido pánfilo se asoma desde un despacho y al verme aún en el hall, cierra rápido la puerta. Gertrudis tarda en volver y yo me distraigo imaginando al tal Bonifacio. Sé de él, por la prensa, que es un importante empresario manchego que se ha enriquecido escandalosamente vendiendo bragas hechas de algodón traído de sus fincas

de América Central y del Sur. Le imagino yendo a veranear (desde la mentalidad empresarial, cambiando de ocupación lucrativa) a una de sus fincas en Brasil, escoltado por su lujo y un puñado de matones, comprobando lo bien que va la explotación de las y los 100.000 campesinos que trabajen allí a cambio de terror, enfermedades y hambre; entretenido en ordenar que se liquide a tal o cual "comunista" (dicho objetivamente: a cualquier persona que denuncie la injusticia) como si él fuera el rey de bastos dirigiendo una cacería. La verdad es que el tal Bonifacio no es un ser menos siniestro que el jefe de la academia de policía con el que me entrevisté la semana pasada para ver si me dejaban entrar. Después de muchas tribulaciones sociológicamente interesantes, fueron poniéndose prácticos y acabaron no dejándome "unirme al cuerpo".

Gertrudis vuelve más serena con respecto a mí y más nerviosa con respecto al electricista. El tipo la dice un par de obscenidades antes de despedirse, ante lo cual, con esfuerzo, consigo no decir nada: una mujer morena me enseñó que es mejor ayudar cuando te lo piden porque si no, puedes estar cuestionando la capacidad de las personas involucradas para resolver el asunto por sí mismas. Gertrudis no le dice nada tampoco, se limita a cerrar la puerta suavemente. Y al volverse hacia mí creo que me mira con esos ojos en los que se enredan diferentes emociones subterráneas y se atropellan las palabras (exempli gratia: ¿¿pero qué es esto?! / es un cerdo / le pegaría un puñetazo de buena gana / pero y si / socorro / cómo me como yo ahora esta rabia).

"Perdone que le haya hecho esperar", dicesentándose y bajando la mirada a los papeles que tiene sobre su mesa para ordenarlos. Yo dejo deslizar el dorso de mi bíceps derecho sobre el mostrador (movimiento que se detiene con el tope de mi axila) para, a pesar de la masa de carne de la mejilla que mi mano desplaza hacia mi ojo derecho, observar a Gertrudis. "Supongo que no tenía Vd. cita", dice mirándome de reojo algo escandalizada por mi postura. "Veremos si el Sr. Bonifacio puede recibirla". Y a pesar de sus largas uñas de porcelana presiona con destreza el botoncito del interfono. Como un gruñido suena el "¿Sí?" de Bonifacio Respigo. "Sr. Bonifacio, hay aquí una señorita —me mira como excusándose—, la señorita África, que desea verle". "¿África?", afirma voraz. "¿No será negra?" "Sí, Sr. Bonifacio...", contesta temblorosa y sumisa. Tras una pausa mediana, un breve "Hágala pasar" del mafioso, inexplicable para Gertrudis en aquel momento, pone fin a la comunicación.

"Es un nombre muy exótico el mío", explico algo aburrida. "Y además, cuando no se dice el apellido suena a algo con posibilidades", añado con cínica picardía. Gertrudis parece considerar razonable mi explicación, lo que me anima a retomar la tarea revolucionaria: "Oye, aunque estés en un trabajo que no te guste —supongo que no la gusta— y trabajando para un cerdo, podrías respetarte más, ¿o no? Quiero decir que, podrías realizar tus tareas sin tener que tragarte todo ese trato de mierda que no viene descrito en los contratos". Gertrudis se levanta de golpe y me mira furiosa. Tiene el aspecto de quien considera determinado comentario como la gota que rebasa todo em-

balse. "¿Le importaría mucho que le dijera lo que pienso de sus comentarios?", me dice al borde de lo que parece un ataque de indignación. Ladeo la cabeza y me encojo de hombros. "Pues bien, pienso que ;no tiene Vd. derecho a venir aquí y a decirme qué es lo que está bien o lo que está mal!". Lentamente se sienta. Conteniendo la alarma que le ha producido su insospechado y digno desahogo y retomando su rutina dice: "Ahora mismo la hago pasar". "Gertrudis, lo siento", digo muy seria. "Lo siento de veras". Tras lo cual emprendo rumbo por el único pasillo que hay, hacia donde supongo que podría encontrarse el despacho del Sr. Respingo.

"¿Dónde va?!", se le escapa a Gertrudis como un cacareo primerizo. Y aletea como un pollito joven hasta alcanzarme. "No hace falta que me hagas pasar, Gertrudis, de verdad, yo puedo pasar sola". Gertrudis hace oídos sordos. A pesar de la falda de tubería consigue adelantarme, pero un tropezón con alguien que sale del despacho del "jefe" la hace perder su ventaja y acabo estirando todos los músculos de mi brazo derecho contra la puerta del SR. BONIFACIO RESPINGO, que se abre de par en par, desvelando la cara de pasmo de aquel matón de nariz chata y poros anchos.



Los acontecimientos que se siguieron fueron de esperar en lo referente a la breve y exaltada relación que

mantuvimos el empresario y yo, y absolutamente sorprendentes en cuanto al comportamiento de Gertrudis. El Sr. Bonifacio, quien probablemente esperaba darse un respiro laboral flirteando un rato con una tal África (porque ya se sabe si las mujeres en general no valen nada, las mujeres negras son "la mula del mundo"), fue acibillado por La Candidata con preguntas sobre sus corruptelas tanto nacionales como en el extranjero y con datos sobre la situación humana, económica y política en América Latina. Como se resistía a escuchar, llegué hasta a impedir que descolgara el teléfono para llamar a la policía, lo que le dejó tan indignado y estupefacto que pude ganar unos diez minutos más para seguir con mis explicaciones. Le conté que mi razón para buscar trabajo junto a una persona tan éticamente censurable como él era que tenía algunas ideas sobre cómo mantener un negocio sin abusar de las demás personas, y deduje en alto que, consecuentemente, a él le vendría bien contratarme. Añadí datos sobre la distribución de riquezas en nuestras sociedades, e hice una reflexión sobre lo que implicaría mayor solidaridad con o respeto hacia las otras personas en el plano personal y social.

Gertrudis, que estuvo en todo momento de pie a mi costado, me miraba horrorizada. Cuando "su jefe" se disponía a poner fin a los acontecimientos a costa de desenmascarar su yo más demoniaco estrangulándome, Gertrudis entró en acción. "Sr. Bonifacio, por favor", comenzó con tono de súplica, "siéntese". Corrió hacia la cisterna de agua que había junto a la ventana y llenó un vaso. "Tome, bébase esto" (el agua, tan vital, siempre ayudando). "Sr. Bonifacio, yo me encargo", dijo, eficiente. El hombre se sentó y se be-

bió el agua. "Haga ahora los ejercicios de relajación", añadió Gertrudis, y él comenzó a respirar hondo mientras Gertrudis me dirigía una mirada enigmática. Más que una trabajadora parecía una hermana mayor calmando al pequeño de un disgusto. Después acercó una silla a la de él y, sentándose en frente tras disculparse por la osadía, empezó, con un candor inagotable y una claridad mental indiscutible, una intervención conmovedora. Y lo digo en serio.

"Sr. Bonifacio, llevo seis años trabajando para Vd. De nueve a dos y de cuatro a ocho. Vd. sabe cuántas veces, cuando había asuntos urgentes o cuando el trabajo se acumulaba, me he quedado sin comer para ayudarle. En esta oficina (que ha sido como mi propia casa) he cumplido con mis funciones y he hecho mucho más, con agrado. Y Vd. ha sabido apreciarlo y recompensarme: me nombró jefa del sindicato que formó para nosotros. Tengo que agradecerle tal muestra de confianza, Sr. Bonifacio. Vd. ha sabido hacernos sentir como si todos estuviéramos en el mismo barco. "Somos una gran familia", como Vd. dice. Y así es cómo yo lo he sentido también. Pero, Sr. Bonifacio, no sé qué me ha pasado hoy. Reconozco que esta señorita —se refería a mí— ha sobrepasado todos los límites de comportamiento aceptable —vaya por dios—, nos ha avasallado, pero ha dicho algunas cosas sobre las que nunca había pensado. Y otras que ni siquiera sabía. ¡Ay, Sr. Bonifacio, estoy muy confundida! Y no sé..."

El Sr. Bonifacio, por el sofoco y su equivocada consciencia de que Gertrudis no tenía nunca opinión, había escuchado más bien poco a "su secretaria". Empezó a reaccionar, con complacencia, con lo de "una gran familia",

pero después el ánimo evolucionó negativamente. "Histórico" sería una palabra bastante precisa para describir el estado al que el Sr. Bonifacio se abandonó. "¡Srta. Gertrudis!", gritó sin control sobre su proceso de salivación (Gertrudis, con delicadeza extrema, por no ponerle en evidencia, se secó las humedades disimuladamente con la manga de su blusa blanca), "¡Hasta aquí podíamos llegar! ¡Deje Vd. de decir tonterías! Esta mujer es una comunista, una pelandusca que pretende infiltrarse para hundir esta empresa. ¡Será idiota!", añadió mirándome con el desprecio que sienten las personas débiles y mezquinas que se han hecho con mucho poder. "Salga Vd. inmediatamente de aquí. Guarra", remató traicionando la imagen de hombre decente y generoso que, inexplicablemente, a tanta gente daba.

Gertrudis se quedó boquiabierta. Yo sólo moví los ojos para volver a Gertrudis. Gertrudis cerró la boca, me miró. Yo seguía quieta, como diciéndola: "Yo de aquí no me muevo hasta que tú quieras", porque intuí el peligro. El peligro de que Gertrudis volviera a caer en la enajenación de la normalidad. Gertrudis debió entenderme. Se había atrevido (como dije, era valiente) a contarle al hombre sus pensamientos, quizá por primera vez, pero la falta de costumbre la llevó a un estado de confusión y consecuente inseguridad que pudo superar 1. porque no había perdido el sentido de lo que era justo y lo que no, 2. porque aún la importaban las cosas, 3. porque intuyó que estaba empeñando a valorar lo que llevaba dentro y 4. porque no se sintió abandonada por quien aparentemente había provocado una situación tan desbordante. "Sr. Bonifacio", dijo, sería, recuperando fuerzas, "no está Vd. escuchando. Le

ruego que se calme y que (aunque sé que tiene Vd. muchas cosas importantes que resolver) me dé una oportunidad de tratar con Vd. las cuestiones que he esbozado. Nunca le he pedido nada" siguió, con un tono algo desesperado, "pero ahora sí, porque si no, yo no sé, pero, mire que le aprecio y aprecio este trabajo, pero, verá, yo..., si Vd. no me escucha, si no resolvemos esto, yo, yo tendría que irme de aquí".

Gertrudis misma estaba absolutamente sorprendida de lo que acababa de decir. Creí que en los momentos siguientes cabía la posibilidad de que aquel reencuentro consigo misma se disolviera sin dejar secuelas ante un astuto cambio de actitud del jefe. Pero no fue así. El Sr. Bonifacio Respingo, magnate manchego, colonizador de tierras lejanas, alegoría grotesca del sistema capitalista, mugió como un jabalí encabritado. "¡Váyanse Vds. a la mierda! ¡Las dos! yo tendría que irme de aquí", añadió caricaturizando con una voz aguda la frase que tanto había costado emitir a Gertrudis. Gertrudis rompió a llorar. "Lo que nos faltaba", dijo el sátiro, "Todas las mujeres son iguales: ¡unas mojigatas! ¡Váyase a llorar a otra parte! No crea que me va a ser difícil reemplazarla". Gertrudis salió del despacho doblada de horror y temblorosa. "Y respecto a Vd., desgraciadamente no es Vd. lo bastante lista como para ser una infiltrada. ¡Se creería Vd. que yo era tonto!". Me quedé un rato mirándole, lo que le puso más nervioso todavía. Y para respetar la alegría que me había entrado al ver a Gertrudis revolverse contra el corrupto, me di la vuelta y salí, aparentemente tranquila.

Encontré a Gertrudis poniéndose el abrigo y cogiendo, atropelladamente, su bolso. Las lágrimas eran churretes de tinta oscura. De pronto me entró el pudor, así que fui al baño para traerla un trozo de papel higiénico con que limpiarse. Pero cuando arranqué la cantidad que precisaba, oí que la puerta se cerraba con un golpe fuerte. Me metí el papel en el bolsillo y me dirigí hacia la salida. El pánfilo, que se había asomado pensando que los acontecimientos de la mañana habían llegado a su fin con el portazo, al verme llegar, volvió a esconderse. Bajé por las escaleras. Al llegar a mi grafito, me reí. (¡A ver si voy a tener poderes, como decía mi hermano!). Llegué a la portería cuando el portero estaba guardando las lanas. Nos saludamos afablemente y salí a la calle. No sabía bien qué hacer. Me hubiera gustado poder hablar con Gertrudis, eso sí. Pensé en dar un paseo por un parque cercano y comprarme un periódico para elegir otro empleo. Vi un bar y consideré que me vendría bien tomarme algo que me entonara un poco, después de tantas emociones.

Allí estaba Gertrudis, tomándose una tila, ya más calmada. Sonrió al verme, así que me senté en su mesa. Estuvimos hablando un par de horas, después nos fuimos a un chino a comer, después a tomar un café solo, después a dar un paseo, después a un pub donde tocaban jazz y, antes de despedirnos, nos dimos el número de teléfono. Dos días después quedamos. Y quedamos al día siguiente. Ahora llevamos tres años juntas. Gertrudis trabaja en una coordinadora de grupos de mujeres de barrio. Tienen un centro de asistencia a la mujer violada, una asesoría jurídica para mujeres y una biblioteca maravillosa. Además mon-

tan campañas como, por ejemplo, la que están desarrollando ahora: contra el uso de la mujer como objeto sexual en los medios de comunicación. Con las 35.000 que cobra y lo que yo saco de traducciones y de las camisetas vamos saliendo al paso, porque el alquiler que tenía ella (donde acabé mudándome por asuntos de amor) no es caro. De vez en cuando salgo a buscar trabajo.

Viajar



FOTO DE ANDRÉS SENRA
(RECORTADA POR AJUSTE A FORMATO AQUI)

Carta desde la zona de conflicto

Hay que endurecerse, sin perder la ternura jamás
Ernesto Che Guevara, doctor y activista social

I

La lluvia ha deshecho la superficie del camino que sube a la casa. El agua, fluye, salvaje, por ese cauce; la carretera es un río. Estoy empapada de lluvia, sudor y miedo, pero no hay que desconcentrarse. Los sentimientos propios en lugares en guerra son lujos que no te puedes permitir. Por eso aquí *la vida es eterna en cinco minutos*, o hay libros que se titulan *Apuntes de una historia de amor que no fue*.

Todo debe estar listo en unos días, cuando saldremos para Nicaragua, a entregar las traducciones y el dossier que hemos estado elaborando. Nos pidieron informaciones sobre la lucha no violenta en la historia, en especial para contextos de guerra.

No puedo hablaros ahora de la guerra, de cómo ha evolucionado ese concepto en los despachos del Pentágono, y me entristece, porque sé que habrá cosas que no

serán comprendidas. A veces me siento totalmente abatida por lo difícil que es comunicar, sobre todo, las cosas buenas, las que sirven para conocer el mundo y transformarlo... A veces me oprime tanto este peso, que al pensar en mi vuelta, me planteo quedarme aquí para siempre, porque aquí todo se aprovecha... Por favor, que esto no os duela. Son cosas que ocurren en la vida. Mi pequeño azar.

Vuelvo a la traducción. Luego continuó escribiéndos. Un abrazo.



[Traducciones: El boicot a los autobuses en Montgomery, Estados Unidos]

Cuando Rosa Parks se negó a plegarse ante la injusta ley del *iguales pero diferentes*, según la cual las personas negras, además de sólo poder utilizar las últimas filas del autobús, tenían que ceder su asiento a las personas blancas si éstas se lo pedían, empezó un capítulo fundamental para el Movimiento de los Derechos Civiles: el boicot a los autobuses en Montgomery, y su acompañante lucha en los tribunales contra la segregación.

La misma tarde en que detuvieron a Parks, E. D. Nixon telefoneó a Jo Ann Robinson, catedrática de la universidad pública del Estado y presidenta del WPC (el Consejo Político de las Mujeres), un grupo que llevaba meses trabajando para generar una protesta. Acordaron organizar un boicot de un día. Nixon buscaría apoyos y Robinson y el WPC se encargarían del texto de la convocatoria y de su distribución.

El texto de la octavilla decía: "Han detenido y encarcelado a una mujer más por negarse a ceder su asiento. Tenemos que ponerle fin a esto. (...) Por favor, niñas, niños, hombres y mujeres, no uséis los autobuses el lunes". Aquella noche Martin Luther King se dirigió a más de un millar de personas en su primer discurso como líder de los Derechos Civiles. Dado el éxito arrollador del día de boicot, el discurso fue un llamamiento a continuar la lucha. Les animaba a utilizar el amor como herramienta para proteger sus derechos:

la justicia es amor que corrige lo que va contra el amor.



Cuidamos casas de ricos que están en el extranjero, para no gastar en alojamiento. Confían en nosotros porque somos "como ellos", blancos y occidentales. No es agradable vivir con estos lujos, pero cuanto menos gastemos, más habrá para los proyectos.

Nos hemos venido a esta casa de la montaña dos personas de la organización, con la máquina de escribir portátil del equipo Guate, porque es muy ligera. Intentamos bajar a San José cada cuatro días, unas veces para abastecernos de lo que nos falte, y otras para hacer visitas y entrevistas, o pasar el día en la universidad trabajando en nuestra investigación. Además de traducir y del dossier, aprovechamos para estudiar la llamada guerra de Baja Intensidad. Al encontrarnos en el mismo escenario de operaciones, aprendemos de una manera excepcionalmente profunda. (Sonríó al pensar que allí nunca seríamos exper-

tos, ¿verdad?) Sin embargo, nuestro corazón sigue en Guatemala y El Salvador: echamos de menos a todo el mundo.

Acompañábamos a personas amenazadas en marchas, manifestaciones, encierros... Testigos internacionales, intentando evitar secuestros, asesinatos, para que el movimiento popular pueda luchar por un gobierno respetuoso con los derechos humanos. Ojos de la comunidad internacional, protegiendo sin armas. Yo nunca hubiera imaginado que pudiera hacer algo con tanto sentido en mi vida...

Respecto a Costa Rica, en este *paraíso de paz* (sin ejército pero con compras de armas cada vez más cuantiosas y costosas), el espionaje ha hecho su nido, como lo hizo antes en los hoteles de El Salvador, desde donde informan los corresponsales estadounidenses y europeos. En dos años, a través de agencias de información inventadas, han convencido a la población de ideas grotescas respecto a Nicaragua, a la región y a todo lo que ocurre en su país. Al igual que ocurre en las dictaduras, no se habla de política, economía, o derechos... de nada que no sean las locuras que aparecen en los medios de comunicación.

Hay una excepción: la población campesina, que está empezando a ser blanco de los paramilitares porque se acaba de dar cuenta de la trampa a la que ha sido empujada. Hace un mes organizaron una marcha a la capital. Con humor, repartieron flores y recetas de cómo usar flores en ensalada. Los turistas sacaron fotos preciosas (esperemos que las enseñen y que aten cabos, a su vuelta). La marcha hablaba, no obstante, de algo muy grave: la deuda externa y el hambre. Generar la dependencia alimentaria de Esta-

dos Unidos se hace forzando al campesinado del sur a abandonar su producción de grano básico. (Abandonar la dieta propia sirve a su vez para minar la salud y destruir la cultura.) Habían recibido generosas ayudas para cultivar algo que les *sacaría de la pobreza*, les dijeron. Y acababan de constatar que todo era una trampa, pues los costosos canales para exportar las flores no habían funcionado, según lo que planearon los Señores de la Guerra, y las flores habían llegado marchitas.



[Traducciones – cont.]

Diecisiete mil personas negras, que acabaron siendo 42.000, se habían organizado para crear un sistema alternativo de transporte mediante la compra comunitaria de vehículos y el diseño de rutas, para transportar a todo el mundo a sus destinos. Mantuvieron las acciones día a día, hasta 381 días, cuando finalmente el Tribunal Supremo se pronunció a favor de las cuatro demandantes que pedían la abolición de la segregación en los autobuses, con el apoyo de dos abogados de la Montgomery Improvement Association, grupo creado para respaldar esta lucha y presidido por King.

Durante el boicot y también después, las activistas y los activistas negros fueron objeto de numerosas formas de intimidación, tanto por parte de las autoridades de Montgomery, como de la población más racista, que tenía, además, representantes en el Consejo de Ciudadanos. Las autoridades detenían a los pasajeros de los vehículos para socavar el sistema de vehículos compartidos; los "ciuda-

danos" se convertían en francotiradores o ponían bombas en domicilios y oficinas. "El Doctor King a menudo nos recordaba que podían matarnos en cualquier momento, y que si eso nos daba miedo, debíamos retirarnos."



El teléfono no funciona. Sabemos que no hay que usarlo, pero consolaba saber que estaba ahí. Sin teléfono, sin carretera, con las lluvias torrenciales... estamos totalmente incomunicados. No tengo miedo a morir. Supongo que es porque imagino que sería por un tiro, y eso no duele, si es certero. Cómo podría explicároslo: tengo miedo, pavor, miedo-pavor a que la especie continúe con la violencia, a que nunca nos demos cuenta de que no sirve, de que todo ese daño es evitable, de que hay otra manera de enfrentarse a la vida. Es un miedo que lo ocupa todo. A veces pienso que no lo voy a poder resistir. Entonces recuerdo a quienes quieren cambiar el mundo y lo resisto. No estoy sola. Y continúo esforzándome.

J. acaba de subir pan recién hecho, café dulce y mango magenta. La casa huele a pan, y por un momento, es como si hubiera despertado de un mal sueño. Queremos hablar pero no es fácil. Cualquier cosa que no sea trabajar, la sentimos como un gran peso, una losa. Cenamos abriendo, al menos, un silencio propio contra la lluvia, para no perder el rastro de nuestra identidad.

Os escribo para no perder el rastro de mi identidad.

[Dossier: Campamento de Mujeres Pacifistas de Greenham Common]

Después de aquella primera marcha-protesta a la base aérea de Greenham Common, miles de mujeres improvisaron campamentos junto a cada una de las entradas. Se negaban a marcharse de allí hasta que retiraran los misiles de Crucero que se habían ubicado en los silos sin autorización del Parlamento. Con el paso de los días, además de realizar continuas acciones dentro y alrededor de la base, pintaron cada verja de entrada de un color, dándole así nombre a los campamentos: la Puerta Azul, Esmeralda, Turquesa, Verde... Al cabo de unos seis años de negarse a abandonar las acciones si no se daba una resolución positiva al problema, el desgaste y el desánimo generó un descenso drástico en el número de mujeres, y sólo se pudo mantener una presencia permanente en dos de las Puertas. Sin embargo, éstas siguieron existiendo hasta que la base se convirtió en tierra para cultivos al serle devuelta a la Tierra Comunal de Greenham Common.

En los primeros años, se había aprendido mucho sobre cómo funcionaba la base, los turnos, cuándo salía el convoy a practicar sus juegos de guerra en Salisbury Plain... Se había trabajado a fondo la cuestión de qué hacer en detenciones y juicios; las Acciones Directas Noviolentas (ADNV) habían sido incontables, y de una creatividad asombrosa. Al llevarlas a cabo (y la mayoría eran improvisadas, espontáneas), se recogían de una manera natural consideraciones sobre cómo reducir y evitar la represión (se trataba de poder luchar pagando el precio más bajo

posible). Los continuos accesos "no autorizados" a la base habían establecido una rutina y un precedente difíciles de cambiar, gracias al brumador número de acciones que se habían hecho, y por la rotunda perseverancia de las mujeres. La red de apoyo que se había generado nunca desapareció. Era una red informal, no dependiente de ningún grupo ni de la atención de los medios de comunicación. Cubría necesidades concretas, facilitaba las relaciones personales. Había en ella activistas pero también personas sin contacto alguno con el mundo alternativo.

Esto explica que cuando la inmensa mayoría abandonó los campamentos, Greenham continuó siendo un lugar de encuentro para las mujeres, un centro de análisis feminista, de contrainformación, de experimentación y desarrollo de la ADN, un lugar para la protesta antimilitarista y el desarrollo de modos anarquistas de organización. Y lo fue hasta que el Tribunal Supremo dio la razón a las mujeres y simpatizantes de Greenham, y la base fue desmantelada porque se reconoció que el ministerio de Defensa se la había arrebatado ilegítimamente a la comunidad.



Salgo a la terraza a fumarme un cigarrillo. La vibración de la potente caída del agua hace sonar el metal y la cerámica de los móviles artesanos que cuelgan en el balcón. Huele a lluvia, sobre todo, y un poco al fruto de la papaya y a pino. El sonido de los móviles tan sólo se adivina porque lo que suena sobre todo es la lluvia.

Diviso, a través de la manta de agua vertical, la mancha borrosa de un pueblo del valle que se envuelve en el ocaso. Los postes de madera que sostienen la casa, descompuestos hasta su centro por la humedad, continúan soportando bien el torrente del trópico, pero el aire, que se lo come todo, huele a descomposición.

Sé que las baldosas son de color terracota pero se ven lechosas y siento ganas de llorar. Creo que es miedo a la distorsión. La violencia todo lo distorsiona. Estoy saturada de violencia. No quiero saber qué crímenes habrá encubierto la lluvia...

No es cierto. Hay que saberlo. Alguien tiene que saberlo. Se dicen tantas mentiras sobre el valor... Qué valor hay en torturar, en asesinar a quien no comparte tus ideas, en impedir que alguien coma, o que utilice su posibilidad de ser feliz. La vida requiere mucho coraje, pero no para generar más destrucción: para construir (cuando todo el mundo se empeña en lo contrario, creyendo además tener razones). Para enterarse de lo que ocurre, hablarlo, hacer algo que lo evite... Para hacer lo que se pueda con cuidado, pensando, sabiendo bien dos cosas: que no será suficiente y que será vital.

Tengo miedo de volver a Europa porque la comodidad allá lo aplasta todo, porque la mayoría se convence de que nada sirve, y no quiere que nadie haga nada para no sentirse mal... Sólo quienes tienen de sobra pueden permitirse el lujo de creer que nada sirve... Hay tanto que hacer... Nos falta tanta gente, tanto tiempo...

[Dossier: Otros textos]

Citas

*¿Quién es nuestro peor enemigo, compañeros?
El miedo. Y lo llevamos adentro.*

Domitila Barrios de Chungara
(Bolivia, minas, lucha por la tierra, años 70)

Poemas

(...)

y cuando hablamos tenemos miedo
de que no nos escuchen
de que no quieran que hablemos
pero si guardamos silencio
seguimos teniendo miedo
por eso
lo mejor es hablar, recordando
que nadie esperaba que sobreviviéramos

Audre Lorde
Final del poema "Letanía para la supervivencia"
(*El unicornio negro*)



El rugido del agua lo ha arrastrado todo consigo.

Todo lo que no se ve está en el aire, generando una
tensión extrema.

Nos hemos quedado sin luz, y no hay luna.

[A mano]

No puedo escribir más.

Os quiero, no lo olvidéis nunca. Os quiero mucho.

II

Diario centroamericano. Lunes 28 de febrero, 1987

(...) encontrados los cuerpos de una mujer y un hombre extranjeros (...) a causa de asfixia por estrangulamiento y varias fracturas en la tráquea (...) hombres enmascarados y vestidos de civil en lo que era la carretera de (...)



Madrid, España

—¿Nos encontramos aquí una hora antes de la concentración? Así te doy la lista.

—Vale. ¿Cuánto tenemos, en Ginebra?

—Cinco minutos —sonríen con ironía, para evitar la tristeza—. También viaja Amadeo. Van a conversar con todo el mundo, de la ONU, de fuera... Llevan copias de la carta... no para publicar, para los amigos. No sé, yo pienso que la podríamos difundir...

—Sí, hay que pensarlo... Bueno.... Voy para la imprenta, a por los carteles.

—Okey.

—Nos vemos luego.

Domitila asiente desde el fondo de una sala oscura, abarrotada de papeles, mientras hace un gesto de despedida. María sale y cierra mal, porque siempre se le olvida que hay que tirar con mucha fuerza. Pero no importa: la siguiente persona que llegue al local podrá entrar sin que Domitila tenga que levantarse a abrir.



—Hola. ¿Qué tal la concentración?

Kike se encoge de hombros: "Repartimos todas las hojas informativas, pero no sé cuántas se habrán leído... Estuvimos cuatro, seis..., una hora y media o así. La gente está muy ocupada, cansada, piensan como en el supermercado: hay tanto donde elegir, tantas luchas que apoyar, tantos grupos que necesitan tantas cosas, que al final, hacen lo de siempre... Pensar que su vida es muy mala y alienarse con telebasura —silencio—. La verdad, no sé... Eso no puede ayudar a nadie... Allí seguro que no ayuda nada".

La tarde en el local tiene una luz mustia, que contrasta con los colores brillantes de los carteles y las paredes amarillo, malva, naranja. Al fondo del pasillo se oye el goteo de un grifo de los antiguos, vendado para que nadie lo use.

—¿Nos tomamos una caña?

—Está bien. Una, que tengo que estudiar —Domitila, en realidad, quiere leerse la carta otra vez... Un mo-

mento de intimidad simbólico con sus compañeros asesinados, para paliar el sentimiento de rabia y desamparo, y seguir siendo una mujer fuerte, combativa.

—Cuando pienso que la llevaba escondida en el calcetín... —Kike no puede terminar la frase, también está pensando en ello.

Domitila le abraza: "Vamos", y tira con fuerza para cerrar la puerta de madera, la puerta seca de madera de un local en el que no funciona la cisterna, ni el grifo herido, en el que nunca hay tiempo de archivar todos los papeles, en el que no importa mucho si la puerta queda abierta... La puerta pesada y vieja, con el pomo de cobre, lleno de rasguños, incisiones y abolladuras. Salen a la calle.

COMPAÑÍA PARA "CARTA DESDE LA ZONA DE CONFLICTO"

La primera versión de "Carta desde la zona de conflicto" la escribí en 1991. Revisé el relato en el 2001. Lo descarté. En 2009 decidí intentar reescribirlo. Al final de este verano lo publiqué en mi web. Luego volví a cambiarlo significativamente. Así estamos. Hay relatos que no te dejan nunca.

Apuntes de una historia de amor que no fue es una novela escrita por la escritora salvadoreña Jacinta Escudos (UCA, 1987). Instagram #jacintarioTV

Buscad información veraz sobre el boicot a los autobuses realizada también por el Movimiento de Derechos Civiles (personas negras).

Para más sobre Greenham Common, ver la sección Activismo > Pacifismo feminista, en el espacio web Mujer Palabra punto net.

Sobre la guerra en Centroamérica en los años 80 es interesante leer *Centroamérica: la Guerra de Baja Intensidad* de Raúl Vergara Meneses y otros (CRIES, 1987).

La traducción del fragmento de un poema de Audre Lorde es mía, del libro *The Black Unicorn* (Norton, 1978).

El local que aloja a los personajes de la última parte, está inspirado en el local del Movimiento de Objeción de Conciencia en la calle San Cosme y san Damián (Lavapiés, Madrid), tal y como lo conocí en los años 80 y 90.

En el edificio torcido

En el edificio torcido, atestado, donde las voces del mercado callejero crean músicas sobre las máquinas que martillean palabras, aprendí muchas cosas sobre el mundo y sus personas; sobre mí misma, también, mis cuevas, laberintos, ventanas y vuelos.

I

De día

Vron, con los ojos miel y la piel clara, escribe con verde de purpurina sobre la mesa vieja de la cocina, en un espacio que reina sobre las restantes plantas, digamos mejor: las sobrevuela. Tomamos té y cerveza, Vron y yo, mientras escribimos postales para personas encarceladas por Acción Directa Noviolenta.

—Me impresiona que puedas ver esas cosas estando aquí —tiene apoyado el poema frente a ella.

LA LOBA

*En el bosque de castaños crepita la fauna más hermosa.
Bajo la luz verde y ámbar del otoño observa la loba
con la mirada abierta del almendro y de la roca, con la visión del
gamo
que salta desde la brasa de un helecho a otra brasa porque
comprende.*

*Clavó el vuelo en su lomo el halcón y la piraña. Ahora arraigan
los sapos en sus pezuñas, arraiga el ciervo, la nieve abrasa.
Asoma entre los pelos, llama caléndula ya primavera,
el ojo de lava del guepardo, del jabalí enamorado y ronco.*

*Respiran hondo los troncos por sus branquias y la hojarasca
es un manto de conchas y caracolas, de mariposas, anémonas,
larvas.*

*En el bosque hermoso crepitan los pasos de la fiera.
La loba baila: vuela la ortiga, y habita el amor en la espesura.*

[ESCUCHAR EL POEMA EN MI WEB]

Es cierto, puedo verlo: el aire húmedo, la tierra sofocantemente fértil con animales de concha en movimiento: caracolas, escarabajos, como piedras grandes y medianas, de colores vivos, formas geométricas, dando asombro y ternura, y con sus bichos alienígenas dentro, dando miedo y pavor. Los huelo, ese olor a mar fermentando en la selva... Escucho a los pájaros tropicales entre la vegetación voraz y también entre la vegetación más leve.

Desde la cocina se oye mejor a los vendedores del mercadillo ofreciendo manzanas Cox, pequeñas, duras, dulces y ácidas. A la cocina llegas por la estrecha escalera, torcida como los planos oblongos de los castillos y las relaciones que no salen bien, y en la cocina se puede fumar.

Sube Chris, ligero como la bruma del norte, con su pelo de cobre anunciándole como un faro, sus modos suaves de sueños en el Lago Ness. Pequeño y pacífico, no podría unirse a los pictos para guerrear. Podría, eso sí, contarles una historia a la luz del fuego, la historia de cómo nació alguna palabra. Mientras elige la tarrina de humus y un utensilio, con dos dedos precisos y no con toda la mano, Vron y yo (palmotazos de alas que se baten) recogemos.

Tiembla el suelo torcido, con el peso y la furia de Howard, que ha estado lidiando con el mundo y sus innumerables asuntos mal resueltos. "I'm DIS-satisfied!!!!", rugge, oscuro, desde un jersey de lana que desmiente el peligro, y el contraste entre la palabra medida y el torrente de emoción que manifiesta me provoca una carcajada: un abrazo de bienvenida a la cocina, pues

ya es la hora de comer, hemos llegado todos, y las zanahorias, naranjas, brillan en la mesa, y si te fijas, ves filtrarse los rayos del sol de invierno, intensamente alegres.

De noche

Me gusta mirar las manos de Jim. Son preciosas. Tienen la belleza de las formas equilibradas. Se lo he dicho: pareces un noble antiguo del norte; no un druida, sino un noble, una persona más sólida. Me mira brevemente y me ignora. No quiere que hable de sus manos. Ocurrió algo alguna vez. Es violinista, y sin embargo, aquí, con esas preciosas manos musicales, ha pegado en las paredes del aseo del suelo cóncavo instrucciones para que aprendamos a hacer figuras en

papel, o bien será para que siempre nos riamos al entrar allí. Estamos preparando el boletín para su envío. A veces se detiene, saca algo de su bolsa para enseñármelo. No recuerdo las historias porque siempre me distraigo al mirarle las manos. Aunque recuerdo una, verdadera. Una vez al año Jim va a Hacienda a entregar el porcentaje del impuesto sobre la renta de lo que gana tocando el violín en la calle. Jim es anarquista, de esa tradición anarquista que todo el mundo insiste en ignorar porque en un mundo que se construye desde la violencia los ideales son un crimen.

Mi tiempo a solas

Ahora estoy en otro espacio que me acoge, con naturalidad, sin estridencias. (Qué tiene Londres, con tantos espacios que me acogen, que me dejan en paz, moverme libre.) En la casa de Myrtle, duermo en la fea moqueta del salón, junto a un ventanal claro desde el que contemplo los árboles desnudos, que resquebrajan el aire blanquecino y húmedo como porcelana. Me gusta mucho mirar desde aquí.

Myrtle, de vieja, en un lugar gandhiano de India, asiste a una reunión de activistas de todos los continentes. Llena su termo con whisky y sonrío; sabe que todo el mundo pensará que es té. Incluso fuma, no se sabe dónde. Su coraje y su lucidez fueron siempre mucho más allá: moría de cáncer pero estaba allí, moderando las reuniones con un humor áspero y salvaje. Myrtle, que luchó contra el nazismo, pacifista imperfecta a la que nunca conocí y a la que siempre echaré de menos.

En su casa, ahora heredada por la red, leo a Virginia Woolf y he empezado a escribir: he encontrado una cueva dentro de mí, me meto en ella cuando estoy aquí sola, y he empezado a tener sueños que parecen querer llevarme a algún lugar.

II

Los sueños

Un sueño se me ha producido despierta y ha adoptado la forma de un poema que titulo "Las cavernas". En él se oye la voz de una mujer que me desprecia, que me habla con mucho odio. (Me llama princesa.) Me ha sobresaltado y horrorizado. Me levanto y preparo un café, para usar mi vaso favorito, un vaso de porcelana, con hojas blancas abstractas sobre fondo gris, que le regaló Devi a Myrtle en India. Devi escribía libros y hacía porcelanas así de preciosas, rudas y bellas.

Casi no puedo leer el poema, por los gritos de esa mujer. Qué mierda es ésta. Cómo puede haber salido de mí. Bebo café y miro hacia los árboles. Recuerdo la increíble destreza de Sylvia Plath al inicio de *Winter Trees*:

The wet dawn inks are doing their blue dissolve.

On their blotter of fog the tres

Seem a botanical drawing,

pero no es aquí donde tengo que buscar ahora. Tengo mucho que pensar. Algo está pasando y seguir adelante como si no ocurriera nada lo siento de pronto como cegar un hueco, morir en parte. Salgo a dar un paseo.

De vuelta, tendida sobre el saco, me quedo dormida.

El suelo es de arena dura, no levanta polvo. La calle es muy ancha y hay edificios anónimos en los flancos. Falta diez minutos para que salga el autobús, para poder abandonar definitivamente este lugar. Pero antes tengo que ir antes a casa a recoger mi bolsa.

Llego al edificio. Es antiguo, muy grueso, de líneas suaves como hechas a mano alzada, tiene color. Entro y conmigo, el chorro de luz de la antesala. Tengo el cuerpo frío de miedo. Subo la madera muy oscura y crujiente apresurándome.

Mi cuarto tiene luz, es cotidiano. Miro alrededor y me siento en la cama; compruebo que todo está calmo, desnudo. Miro mi vestido, el que me regaló mi madre para fiestas; en mí, ha sido vagabundo... Incluso lo arrastré por el barro para entrar en las bases, porque —de pronto soy consciente—

luchó con la fiereza de alegría, allí donde me pongas, por un mundo mejor.

Mi cuerpo no puede conformarse a un vestido de fiesta, pero quería retenerla de algún modo, llevarla conmigo siempre...

Miro más abajo, llevo botas de agua británicas. Con esfuerzo aunque veloz, me saco una. No puedo creerlo: cómo, cómo ha podido desarrollarse todo esto dentro de la bota sin que yo notara nada. Mi pierna es una selva de horrores: yagas, profundas, en carne rosa expuesta, supu-

rando amarillos blanquecinos manchados de sangre; verrugas, gigantes como miradas por el microscopio; mohos verdosos y azulados, fermentaciones, y hay

un gran agujero de carne negra carcomida que deja ver parte del hueso de la pierna. Y ahora:

de este boquete repugnante sale un tallo esmeralda fuerte y firme, con una flor blanca, grande y carnosa, de una belleza y una solidez que borra el resto, los restos. Verla da vida.

Voy a perder el autobús. Quizá con mi navaja pueda recortar estos volúmenes para ponerme la bota y salir corriendo. Visualizo lo que quedaría de mi pierna, abandono la idea. Es así de fácil: me pongo la bota, echo la bolsa al hombro, voy a buscar mi autobús.

Mientras bajo, al pie de la escalera, me amagan las sombras: ante mí, aparece el fantasma de mi madre. No me ve, pero mira hacia mí, le hablo y mira a través de mí, en silencio, finalmente, sigue mirando al frente aunque yo ya no estoy allí. Si pudiera llorar, moriría llorando, moriría llorando por ti. Sé que no es real; la esquivo y salgo al día. Dejo atrás mi bosque nocturno insospechado, ajeno.

Corre cien pasos, a la izquierda está el autobús, con tu hermano y Juan el vagabundo, que te esperan, el mundo para vuestros pasos. Está la vida real, corre. Pero me detengo: un hombre me invita con un gesto a sentarme con él en una mesa de terraza. No sé por qué lleva una máscara; el caso es que parece muy amable y eso me genera vinculación. Lleva un perro bien atado. Esto es un

contraste, una confirmación de la rigidez de la máscara (de hecho, no he podido doblarme como un junco para acariciar al perro). Sigo al hombre y nos sentamos, frente a frente. Pero echo terriblemente de menos no haber podido acariciar al perro, así que me asomo por debajo de la mesa. En ese instante mi interior

desborda tristeza hacia dentro que lo llena todo porque sé que el bus se irá sin mí. Las fauces del magnífico pastor alemán me están devorando la cara. En el tiempo que transcurre, lloro intensa y silenciosamente por el perro, y por lo que el hombre le ha hecho al perro. Y en los ojos del animal, cálidos y expresivos,

encontramos un mundo diferente, pura inocencia: el perro corre, pleno, como una yegua libre por un riachuelo. El agua que salpica se ve blanca bajo el sol, y está fresca. Huele a piedras calientes al sol, a piedras mojadas, huele a agua de río, a pino y maderas que lo llenan todo.

Me enternece su lengua rosa y dan alegría sus ojos brillantes. En la estampa prevalece un hecho significativo: todos sus músculos están en tensión, la tensión de la vida en movimiento, de ahí la fuerza indescriptible de la imagen.

Despierto. Los músculos existen cuando hay movimiento, movimiento propio,
quizá sea eso, sin autobús,
quizá sea eso, yo voy andando.

COMPAÑÍA PARA “EN EL EDIFICIO TORCIDO”



FOTO DE 1989, FUERA DEL SECRETARIADO INTERNACIONAL DE LA IRG/WRI,
CON CHRIS, HOWARD Y JUAN DE WANDELAER. FOTO DE VERÓNICA KELLY



VERON Y YO EN EL BAJO DE 55 DAWES STREET, LONDRES,
EL SECRETARIADO INTERNACIONAL DE LA INTERNA-CIONAL DE RESISTENTES A LA GUERRA,
WAR RESISTERS' INTERNATIONAL. FOTO DE JUAN DE WANDELAER

Llegar a la Puerta Azul

I

Bajo mis pies, y a pesar de las fuertes botas, noto lo blando del barro e imagino, con todo el cuerpo, lo frío y lo negro que está. Frente a mí, a unos pasos, arde un fuego, y una mujer con el pelo muy corto y una boina de pana, tiritita. Está de mal humor. Ante mi presencia no muestra ninguna sorpresa, ningún interés. Hago un gesto con la cabeza. Cae la noche y tanto el fuego como ella parecen humo.

De pronto me siento sola. Lloraré de frío cuando el frío entre en mi ropa y se extienda. Se extenderá, rotundo, y cada vez más sólidamente, y llorando, mañana, aterida, agotada por toda una noche de resistir el frío, pétrea, volveré sobre mis pasos inciertos y le daré fin a este viaje.

Miro por encima de mi hombro: la mujer señala una furgoneta. He venido sin saco de dormir y lo sabe. Supongo que nota que la mochila está medio vacía. Me sorprende, un poco sólo, saber que me está indicando dónde hay sacos y mantas. Giro sobre el barro, que sigue blando, frío y negro, y entro en el camino asfaltado. Las manos, como

témpanos, me duelen al tirar del gélido metal de la puerta corredera. El vehículo reverbera vapor de hielo, lo que no mitiga el olor. Lo reconozco: intenso, seco, ácido. Olor a ropa usada.

Olor a aquel viejo que, años atrás, en una ciudad, cuando yo subía la cuesta llorando por no poder dejar de pasar frío, me señaló la frente para decirme que el frío se controlaba con la cabeza. Tenía razón, aunque hay gente que muere de frío, porque siempre, en todas las situaciones, hay límites y grados.

Como una vagabunda, he tomado posesión de un saco, aislantes, mantas. No sé bien qué hacer, hacia dónde dirigirme, pero confío en que la mujer me dará una pista más. Por lo pronto, ya está resuelta la primera parte del problema. No tendré que enfrentarme a una lucha larga y desvalida por no morir congelada, así que respiro hondo, en la oscuridad glacial de diciembre, donde no son ni las cuatro de la tarde.

Me inunda una intensa emoción de consciencia: estoy *aquí*, en el campamento pacifista de Greenham, entre el bosque y una base aérea construida ilegalmente en tierra comunal. Estoy en una microsociedad que hace vida en el corazón de la Guerra Fría; en un lugar, que nació de la lucha contra la paranoica escalada de una carrera armamentista, sorda a las necesidades de la especie, capaz de derrochar los recursos que generamos en multiplicar hasta la náusea la posibilidad de destruir el mundo... Estoy aquí y puedo quedarme al menos esta noche porque si todo fuera mal podría refugiarme en esta furgoneta.

No sin esfuerzo, consigo cerrar la puerta. El metal helado resuena en la niebla.

La lluvia empieza a ser leve y muy fría. Sobre mis botas fuertes, intento proteger mi precioso tesoro. Miro hacia el fuego buscando a la mujer, que se ha levantado y tira de un palo largo de madera que va unido a un plástico. La operación se complica porque aunque el fuego es pequeño, se encuentra rodeado de sillas y butacones. Consigue clavarlo en el barro después de sortear las dificultades y aprovecho para meterme debajo. Con un cigarrillo de liar entre los labios, mientras termina de apuntalar los postes, con los ojos medio cerrados por el viento que acaba de empezar a soplar, me señala una construcción baja que hay detrás de mí, delante de una vieja verja de hierro. Es una especie de tienda de campaña, construida con un gigantesco rectángulo de plástico azul celeste. Me acerco con todas las cosas. Aparto como puedo una esquina suelta para entrar. El material es duro y está muy frío. Me agacho. Entro lentamente, con cuidado, para evitar que se embarre todo...

Me tiro hacia dentro soltando mi carga y dejando los pies fuera. No es una postura fácil. Saco un mechero. Me asomo para buscar un palito o una piedra con que raspar el barro de las botas. Ilumino el interior. Escucho. Miro. Huelo. Empujo un poco el resto de los sacos y mantas, para hacerme hueco. Coloco primero un aislante, luego una manta, así hasta tres de cada; a continuación, coloco el saco; encima las restantes mantas. Son grises, finas, mantas que usan los soldados en las guerras. ¿Serán de la base? *Tres mantas finas dan más calor que una gruesa.* Listo. Enca-

jo mi mochila en la cabecera, que es la parte más alta del interior. La abro para sacar algo, no recuerdo qué porque estoy inundada por el olor. Huele muy intensamente a leña de la hoguera, que me encanta, y también a barro y a árboles húmedos, lo que me da un poco de miedo, por el frío. Huele un poco a ropa húmeda, al olor de sus propietarias. Miro sobre mi cabeza y veo que han pinchado el plástico en las puntas de flecha de la verja. Habrá otro plástico por encima allí fuera; si no, se colarían gotas de agua por los agujeros. El plástico crea un espacio de triángulo rectángulo con la tierra. Es muy grueso, me impresiona. Plástico industrial... Hay cinco sacos de dormir. Me gustaría meterme en el mío ya, estoy tiritando, pero es demasiado pronto, no son las tres de la tarde, así que salgo de la tienda para acercarme al fuego.

La mujer está sentada ahora junto a un recipiente cilíndrico de latón, del tamaño de un cubo de basura doméstico. Saca rebanadas de pan que lanza a una rejilla que ha apoyado, descuidadamente, sobre el fuego. Miro las sillas. Las gotitas de agua brillan. No tengo pañuelos para secarlas. Uso la manga de mi anorak y me siento junto a ella, sin decir palabra. Por suerte, la rejilla se desequilibra y reacciono a tiempo: evito que el pan se pierda en el fuego.

No le tengo mucho miedo al fuego, en principio. Quema, cierto, pero da calor y transforma los alimentos en un olor que arropa, que mece en la sensación de una vida buena, fuera de todo peligro. El fuego además cruje. Y está lleno de color en movimiento, azul cobalto, naranja intenso, ráfagas de blanco y amarillo, vahos rojos, vapores vio-

leta... Genera formas en continuo movimiento que narran historias sin palabras, desde la prehistoria.

El olor a pan tostado me llena de tal alegría que, sin ser muy consciente de lo que hago, le quito de las manos la tarrina a la mujer, y la cuchara, para echarle lo que sea que contenga cuanto antes al pan. Es margarina de soja. Mi actuación brusca no parece haber afectado en absoluto a la mujer, que toma una de las rebanadas ya listas y se acomoda en su asiento. Comemos en silencio, yo disfrutándolo mucho, a pesar de que las rebanadas se enfrían enseguida; ella, no sé.

Me gustan los silencios de la gente añosa que parece estar de muy mal humor. No son como los de quienes construyen su identidad a costa de otras personas, un negativo; esos silencios de la ignorancia que se rodean siempre de mucho ruido para disimular una triste insistencia en vivir con cobardía, encubriendo lo fundamental. Una vieja gruñona, imagino, está en silencio porque ha entendido cosas importantes y sabe que de poco sirve comunicarlas. Son silencios que no pretenden adoctrinar, sino básicamente, dejar y que te dejen en paz. Van precedidos o seguidos de sapos y culebras. Dado el mundo, ¿qué otra cosa es posible? Silencio, sapos y culebras.

La lluvia fina suena levemente sobre el plástico que nos protege. Me asalta la consciencia de nuevo, respiro hondo: estoy comiendo pan junto a un fuego abierto, en la com-pañía de una mujer desconocida que crea silencios, de esos que vienen precedidos o seguidos de sapos y culebras. Pura naturaleza.

II

No quiero salir de este tibio nido. Hay un saco vacío junto al mío y parece que en los otros hay gente aún. No sé qué hora es. He dormido de un tirón, profundamente, algo extraño en mí. Siento una alegría intensa: significa que no he pasado frío a pesar de haber estado durmiendo a la intemperie, casi. (Si me vieras...) Salto fuera del saco y me pongo las botas. Estoy vestida, no me quité nada anoche, tenía miedo al frío.

El día está gris plata; el aire, muy húmedo. Una mujer que no es la de ayer está recogida sobre sí misma, a cierta distancia del fuego. Parece un bicho bola. Quiero lavarme la cara, y me acuerdo de que no he cogido el trapo, el cepillo de dientes, la pasta. Aparece otra mujer a lo lejos, viene por la carretera, empujando un carrito de supermercado que contiene un bidón de plástico blanco. Entro en la tienda a buscar mis cosas y al poco estoy de nuevo fuera. Me acerco al fuego dejando claro que lo hago tímidamente. El bicho bola, después de mirarme de soslayo, me ignora. Saco el corazón y la coraza y tomo asiento. Esto también parece sentarle mal. Se me ocurre de pronto que piensa que espero que me sirva el desayuno, lo que me ha hecho reír en alto. Ahora a la idea de que yo podría ser una persona dependiente, se suma la alarmante duda de si estaré desequilibrada. Me cuesta contener la risa. Lo sabe ella y lo sé yo: en los sitios donde la gente intenta construir un mundo mejor (donde, por cierto, no hay comités de bienvenida), no se le dice nunca a nadie que se marche, lo que tiene el efecto de que se pueblan con todo

tipo de personas. Aquí no se expulsa a nadie, con toda seguridad.

La mujer que venía por la carretera acaba de entrar en el breve camino asfaltado que tenemos enfrente, el que lleva a la entrada de la base y donde se encuentra aparca-da la furgoneta. En lugar de álamos, bordean ese camino unos bloques de cemento que, por lo que veo, se usan para grafitear y para apoyar cosas o alejarlas del barro. Está soltando el pesado bidón sobre uno de ellos, el que tiene un barreño y un montón de cacharros desordenados en torno a otros algo ordenados. En la pared del bloque leo: *Queen Victoria was a dyke*. (La reina Victoria era boyera.) Mira hacia al fuego y me saluda con una sonrisa. Tiene el pelo rojo cobre brillante. Saco la mano del bolsillo para responder de inmediato, pero no he soltado el cepillo de dientes, y no es de viaje. Ella se ríe y me señala otro bloque de cemento, con un pequeño barreño, como diciendo "Ahí puedes lavarte", y empieza a enjabonar una taza. Dice: *Will you marry me?* (¿Te quieres casar conmigo?)

En lugar de ir para allá, a lavarme (con las ganas que tenía), me dirijo hacia mi derecha, hacia la base, que está unos pasos más adelante. Enseguida opto por no acortar por el barro. Está muy resbaladizo. Trazando una L, salgo al camino asfaltado. Paso la furgoneta de la que saqué las mantas y ya estoy aquí, en la entrada de la base, tocando la Puerta Azul. Hay dos planchas que parecen no haber sido abiertas en mucho tiempo. La pintura azul está sólo por nuestro lado, por fuera. Lo que no es la puerta, es vallado de rombos verdes. La puerta tiene hilos de lana colgando de los rectángulos de metal, restos, sin duda, de una tela

de araña feminista. Las feministas tejemos sin parar pura vida buena, pero nos temen. La garita del interior parece abandonada. Toda la parte de la base a mi derecha linda con el bosque; la izquierda, con la carretera. No veo a nadie dentro del recinto. La niebla, no obstante, no deja ver muy lejos.

Oigo unas voces a mi espalda. Dos mujeres ríen y gritan algo desde el interior de la tienda y veo que la mujer que estaba fregando se ríe también y que me hace señas. Vuelvo al camino de cemento y desde aquí paso otra vez al barro y me acerco al fuego. Me da una taza y una cuchara.

—Hola, soy Emma. Si quieres una bebida caliente...

—Sí, gracias.

La otra mujer me mira como quien confirma algo y se acomoda en un sofá mugriento y húmedo a tomarse su brebaje. Como nadie me pregunta nada, me presento:

—Me llamo michelle. Llegué ayer, de Londres. Ayudo a montar campañas y publicaciones en una red internacional pacifista, la IRG —digo intentando resumir para no molestar mucho.

—Qué bien. Tenemos que sacar el boletín: hay información fresca de la base.

Miro a mi alrededor: con este barro y esta humedad se me hace difícil imaginar que el papel no esté blando y húmedo... Cómo lo escribirán...

—Me encantará ayudar.

Emma se echa agua hirviendo de una magnífica tetera de hierro, la tetera más impresionante que haya visto yo jamás: grande, muy grande, negra carbón, negrísima, con varias abolladuras. Reacciono finalmente, la imito, pe-

ro no tengo nada en mi taza, así que miro a mi alrededor. Sólo veo bolsitas de té. No es momento de preguntar por el café, así que cojo una; tengo la sensación de estar jugando a la comba: si pierdes el momento, pierdes la oportunidad, y yo necesito desayunar algo ahora.

—¿Azúcar?

—Sí, gracias —no me echo siete cucharadas sope-ras u ocho, como Jim, el violinista que viene a Londres a ayudarnos con los envíos del boletín y se queda a dormir en el suelo de la cocina de nuestro amado edificio torcido, pero sí que me echo tres pequeñas en lugar de media.

Empieza a chispear; todas miramos hacia el cielo sin alegría. Emma mete la mano en una bolsa y saca un tarro de algo marrón oscuro, muy espeso, que empieza a untar en una rebanada mohosa de pan. Imagino que de alguna manera me ha preguntado si voy a quedarme.

—Tenía miedo al frío, pero creo que podré quedarme unos días —digo, calculando un poco.

Emma no dice nada, escucha y sonrío. Parece que está pendiente de las voces de la tienda. El chispeo cesa.

—¿Cuántas mujeres estáis aquí?

La mujer hace como que no me ha oído, y Emma, tras esperar un poco, contesta, afable "Vamos y venimos".

—Perdona, no comprendo —estamos hablando en inglés, y pienso que quizá no he comprendido bien.

—No sé...

La otra mujer se impacienta pero no sé por qué. Emma la mira de reajo y parece aplicarse más en su respuesta:

—Hay quien viene de visita, unas horas... Otras pasan aquí el día, duermen en casa —muerde el pan untado y retoma el tema, con aburrimiento—. Hay mujeres que vienen cuando tiene varios días libres... —intenta no perder el hilo—. Otras veces podemos vivir aquí épocas más largas... —calla un rato—. Es difícil decir un número —concluye.

—Ah —comento, con torpeza y un poco abrumada (no me gusta que la gente haga lo que no quiere hacer y menos por mi causa).

Las mujeres que jugaban en la tienda acaban de salir. La primera parece muy joven. Tiene la piel como de porcelana y es grande, redonda y más bien alta. Sonríe sin mirar a nadie, desde unos ojos de un azul bastante transparente y, con la parte superior del cuerpo más adelantada que el resto, se lanza sobre lo que llama "the breadbin", la panera, e intenta quitarle a Emma su taza. Mientras pelean y ríen, una mujer más pequeña (aunque no pequeña), con una gorra azul marino, se acerca al fregadero, distraída porque las está mirando, y ríe. Finalmente, empieza a lavarse una taza, mientras les grita cosas con acento francés, y suena como si sus palabras fueran ardillas.

Hablo inglés desde la infancia, pero no entiendo mucho de lo que dicen. No es el idioma en sí, aunque cada una tiene un acento diferente y necesito tiempo para acostumbrarme. Me cuesta entenderlas porque todo es muy distinto. De todos modos, si estoy aquí es porque me han dicho que me encantaría este lugar.

—¿Conoces Greenham Common? —me pregunta Howard un día en la cocina que corona el edificio estrecho, repleto y torcido de la Internacional de Resistentes a la Guerra.

—No. ¿Qué es?

—Un campamento de mujeres. Te encantará. Tienes que ir.

—¿Por qué sólo mujeres?

—Mejor vas y lo ves.

—Qué parco, qué misterioso... —le digo, riéndome, porque a Howard le pasa lo que a mí, que siempre tiene un montón de palabras para contar un montón de cosas.

—Te encantará.

En general, confío en la gente. En particular, confío en esta gente con quienes estoy aprendiendo muchas cosas sobre cómo trabajar bien, sin apenas recursos, en una red internacional de personas y grupos autónomos.

Chris, Vron y Martyn también creen que Greenham me encantará.

Así pues, aquí estoy, prestando toda la atención de la que soy capaz para ubicarme cuanto antes, para encontrar un sitio.

—¿Dónde fuisteis ayer? —dice la mujer enfadada, alto y fuerte.

—Lo sentimos mucho, Dido —responde Emma, claramente compungida—. He traído agua... —añade, a modo de disculpa.

A mí me aterran las discusiones, así que intervengo con un "¿De dónde?".

Todas me miran, un poco sorprendidas. Es una clave de la Acción Directa Noviolenta, sorprender. (Aunque, para bien y para mal, yo lo aprendí más en propia vida.) Sonrío, por dentro.

—¿Perdona?

—¿De dónde has traído el agua?

—Ah, del cementerio —Emma señala la dirección que habría que tomar desde la carretera para llegar allí.

D. se levanta y se dirige resuelta hacia la panera, de donde extrae algo:

—Mirad esta bolsa. ¿Es que no sabéis abrir una bolsa como personas? —sostiene el paquete en el aire, señalando el boquete rasgado en medio—. ¿Es como si lo hubierais abierto con los dientes!

Todas se ríen, incluida yo. Dido no me mira inmediatamente, empieza a hablar sin hacerlo, pero su voz suena menos fría:

—El cementerio está a quince minutos por esa carretera, detrás de la parroquia. Hay un caño y nos lo dejan usar.

Tenemos dos bidones. El otro está en Brown Van —señala la furgoneta de donde anoche saqué las mantas—. Como has visto, para el traslado usamos ese carrito, que nos llevamos del hipermercado que hay... —dice el nombre de lo que deduzco será algún pueblo.

Miro hacia la carretera con interés y reprimo un "Ah, gracias" que podría sonar ñoño ante a una explicación tan eficaz.

Emma se dirige al fregadero y empieza a lavar los cacharros como quien los va a lavar todos. Parece sentirse mal por los hechos del día anterior. Las otras dos mujeres se están burlando de ella con gestos, para no llamar la atención de Dido, aunque no parecen sentir ningún miedo. Dido se sienta en una silla esta vez. Ippy, con sus ojos cla-

ros, hace que silba y mira al cielo. Nathalié se ríe y enseguida hace que se pone seria.

—Se supone que esto es un campamento permanente, y que siempre debe haber al menos dos mujeres. Me dejasteis sola ayer.

—Oh, *non non non*, discúlpanos, Dido Fue un error, entendimos mal —dice Nathalié.

—La próxima vez, tendremos más cuidado —le dice Ippy a Dido Y levantándose de un brinco, pescando un palito de un barro más bien seco, con cara de niña muy mala, se lo tira a Dido y le dice: *Would you like to go on an adventure?*

"¿Te apetece salir a explorar?" es lo que yo entiendo. Nathalié grita un "sí" entusiasta y empieza a dar saltitos en torno al fuego. Todas se apiñan y empiezan a cuchichear. Yo me estoy poniendo nerviosa de emoción, pero miro para otro lado por si estuvieran hablando de cosas personales. Me distraigo pensando en la garita vacía. No tengo costumbre de ser cauta. Empiezo a cansarme, más bien, a impacientarme. Me muero por entrar... Tranquilidad... Pensaré en el *bender*. Así han llamado a la especie de tienda. ¿Vendrá de "doblar" porque es un gran pliegue de plástico doblado? ¿O de *bent*?, el adjetivo que se usaba contra la gente homosexual antes, parecido a "desviada". Si viniera de aquí, sería entonces algo así como 'la máquina de hacer lesbianas'...

—¿Te vienes en busca de aventuras? —escucho a mi espalda.

No lo dudo ni una milésima de segundo.

Y deseo fuerte que no se estén refiriendo a nada sexual... Entraríamos en calor, sin duda, pero ahora tengo otras prioridades.

Echan a andar, el béndér queda atrás. Respiro aliviada. ¡Nos dirigimos a la base!

III

Parecemos astronautas, por los abrigos. Estamos caminando a lo largo del perímetro del recinto, por el lado del bosque, en fila india. Primero van Emma y Nathalié. Se han distanciado lo suficiente como para que ya no las veamos. Yo voy detrás de Ippy, intentando marchar a su mismo paso sin caerme o resbalarme, pero a menudo pierdo el equilibrio. Es evidente que Ippy sabe bien dónde pisa, así que tomo nota: tengo que ir aprendiendo a reconocer el terreno. Dido venía detrás, pero se ha desviado y gritado algo.

No sé a dónde vamos, ni qué vamos a hacer. No concibo que vayamos a entrar en la base, porque supongo que para eso tendríamos que planear la acción. Entrar en una zona no autorizada en inglés se llama *trespassing*. Sé que en los años ochenta entraban cientos de mujeres todos los días. ¿Cómo será ahora? Me palpita el corazón muy fuerte. Lo cierto es que no puedo descartarlo, ¡que vayamos a entrar!

Tengo la cara helada y echo vapor blanco denso. Hace calor dentro de mi maravilloso anorak morado. Mi querido rectángulo ligero perfecto que se dobla muy bien y sirve para todo tipo de funciones. Pienso en mis botas.

No tengo frío en los pies. El agua no las ha calado aún, a pesar de toda la humedad que están soportando.

—I., ¿cuántos años tienes?

—Eso es irrelevante.

Cierto, irrelevante. No debo desperdiciar preguntas de esta manera tan tonta.

Me gustaría mirar hacia el bosque, pero sólo puedo mirar dónde pongo el pie. En cuanto pueda, intentaré dar la vuelta a la base para explotarlo todo. Sé que tiene un perímetro de nueve millas, 14 kilómetros y medio, y que eso, a menudo andando en estas malas condiciones, y sin contar que pueda ser muy difícil avanzar en algún tramo ahora que es invierno, serán unas tres horas... Treinta mil mujeres abrazaron una vez la base en lo que fue una de las acciones más multitudinarias.

Nos detenemos. Emma y Nathalié están agachadas frente a la valla desenrollando unos alambritos para soltar un remiendo hecho sobre un corte limpio de la valla. Presto atención, empiezo a identificar dónde hay remiendos. Es asombroso, hay muchos...

D. no aparece y vamos a entrar ya.

No puedo creerlo. Sin armas, sin herramientas, sin un plan, pero con una década de experiencia nutriendo nuestros actos, acabamos de entrar en la primera base de Europa occidental que construyó silos para alojar los nuevos misiles de crucero. Una suerte de aviones sin piloto, cargados con cabezas nucleares, capaces de volar muy bajo a velocidad subsónica sin ser detectados. Es la misma base sobre cuyos silos, lugares de máxima seguridad mili-

tar, bailaron cientos de mujeres en corro una noche de luna llena...

Tantos recursos derrochados en un concepto de seguridad tan primitivo. Cuesta creer que después de siglos de evolución, matar destruyéndonos sea lo más inteligente que hayamos concebido para resolver nuestros conflictos.

Estamos dentro. Esta parte de la base es bosque, como la zona por donde veníamos. Dejamos la valla atrás. Llegamos a una zona abierta. Veo dos pequeños montículos con un ventanuco. Los llaman foxholes y son trincheras para uno o dos soldados. Es donde entrenan para la guerra. El plan es meternos en un par de foxholes, a fumar un cigarrillo y pensar qué hacemos, pero acaba de aparecer Dido, muy excitada, y está proponiendo algo. La idea contagia emoción y nos apresuramos en otra dirección. Se ven edificios a lo lejos. Nos acercamos a una especie de panel con puerta de metal, lo abrimos y tiramos de todos los interruptores para abajo. Entiendo que el panel está siempre cerrado, pero que hoy Dido se lo ha encontrado abierto. La base ha quedado a oscuras, al menos un sector clave. Nos alejamos sin correr. No llega nadie. Estamos saliendo por otro boquete de la valla. No estaba remendado. No lo cerramos.

¡De nuevo en el bosque! Libres. Nos alejamos del perímetro. Las mujeres ríen, y hablan atropelladamente del episodio. A mí se me sale el corazón del pecho. Emma me comenta: "Preferíamos que no nos detuvieran ahora porque eres nueva y podrían entonces querer llevarte a Newbury, y hoy viene Mommy Jean con la cena..."

Miro a Dido por si ha oído la explicación, pues pienso que sentirá ganas de mejorarla. D está saboreando la acción, feliz, y no voy a sacarla del trance. Yo también estoy llena de energía. Ha sido impresionante, todo. Me hubiera gustado quedarme para saber qué pasó. Pero salir de la base tras una acción así, salir sin ser detenidas (y yo, deportada, por ser extranjera), ha sido toda una experiencia.

Tengo miles de preguntas en la cabeza. Ya me iré enterando. En la oficina de Londres tenían razón, esto me gusta, éste es un buen sitio para mí. Me quedo más días, ¡seguro!; además, hoy trae la cena Mommy Jean.

En Londres como poco. No cocino y evito el dinero todo lo posible. Me plantea problemas políticos y morales. Por esto, mientras aguante, soy voluntaria en proyectos independientes de lucha social. No opto a los puestos remunerados. Prefiero trabajar a cambio de alojamiento y comida. La organización me da una paga semanal para el transporte, que me gasto en tabaco porque voy andando a la oficina. Cuentan con que tú traes algún ahorro para cubrir los fines de semana y las cenas. Por eso ocurre que trabajo mucho y como poco. Cosas frías, salvo el café. Es el estilo de vida que más felicidad y menos problemas morales me plantea. Soy libre, sin estar expuesta, y dedico mi tiempo a cuestiones que me gustan y me importan; trabajo, además, en la buena compañía de personas con un compromiso con la sociedad, que han reflexionado sobre la violencia, y sobre cómo evitarla, transformarla y neutralizarla. Que saben que el egoísmo del Yo o de Los Míos encuentra su fin allí donde empiezan los derechos de todas las personas. Esto me gusta mucho.

Vuelvo a la realidad —cómo puede ser que vuele así el pensamiento— y me doy cuenta de que estoy sonriendo, mirando al frente sin ver. Las mujeres me están mirando con curiosidad. Me pongo roja.

—¿Cuánto falta para la cena? —rompen a reír como si fueran una cascada repentina. Al apretar los puños en el fondo de mi abrigo, noto que aún llevo el cepillo de dientes, la pasta y el trapo. Saco el cepillo y me lo pongo de bigote. Se renuevan las risas y Nathalié sale corriendo, seguro que a hacer pis.

Embargada por el olor a leña y a sudor de la emoción intensa de una Acción Directa Noviolenta en una base aérea militar, contemplo, en pleno bosque, cómo suben, como señales de humo entre los árboles, nuestras risas y nuestras voces, mientras empieza a bajar, desde muy alto, la noche.

COMPAÑÍA PARA “LLEGAR A LA PUERTA AZUL”

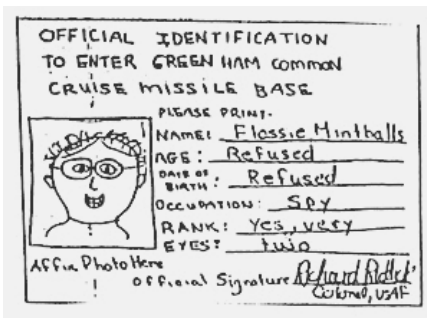
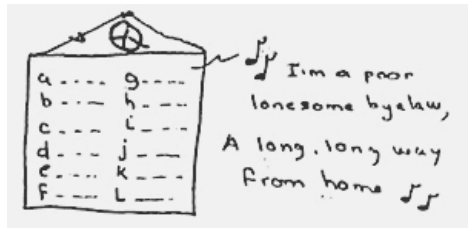
Para versión web con info sobre Blue Gate, ir **mujerpalabra.net** > **Activismo** > **Pacifismo feminista** > **Bloo’s on Greenham Common Women’s Peace Camp**



ADNV. CARTEL RECICLADO. POR DETRÁS DEL PROHIBIDA LA ENTRADA ESCRIBÍAMOS TIERRA COMMUNAL (COMMON LAND). ESTA VALLA ES ILEGAL. ESPACIO ABIERTO AL PÚBLICO

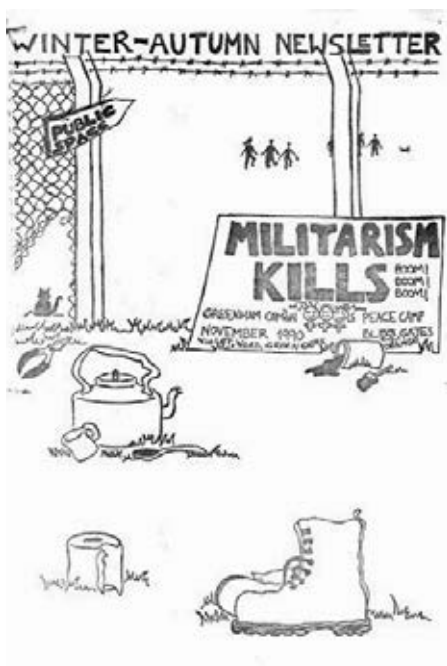
REGLAMENTO DE LA BASE
DIBUJO DE KAY
“SOY UN POBRE REGLAMENTO MUY LEJOS DE MI HOGAR”

¡A POR EL REGLAMENTO!
TÍTULO DE LAS **ACCIONES DIRECTAS NOVIOLentas** POR LAS QUE INTENTAMOS QUE NOS DETUVIERAN POR TODAS LAS COSAS QUE NO PODÍAN HACERSE SEGÚN EL REGLAMENTO DE LA BASE AÉREA EN ESTABLECIDA ILEGALMENTE EN LA TIERRA COMUNAL DE GREENHAM.



ENTRAR CON IDENTIFICACIÓN FALSA
PASE DE ENTRADA A LA BASE
DIBUJO DE DIDO





CONTRAINFORMACIÓN. PORTADA DEL BOLETÍN DE NOVIEMBRE 1990 MOSTRANDO LA ACCIÓN DE ABRIR NO YA UN HUECO PARA ENTRAR SINO PANELES ENTEROS DE LA BASE PARA DEVOLVERSELA A GREENHAM COMMON, ALGO QUE SE LOGRÓ EN EL TRIBUNAL SUPREMO EN 1992, TRAS 12 AÑOS DE LUCHA NOVIOLenta DISPARADA POR LA ENTRADA IRREGULAR DE MISILES DE CRUCERO EN EL PAÍS.



ADNV. ENTRAR A LOS SILOS DE MÁXIMA SEGURIDAD POR LOS TÚNELES. REALIZADA POR KAY, EMMA, NATHALIE... SEGURO QUE OLVIDO A ALGUIEN... LO CONSIGUIERON, Y QUE NO LAS PEGARAN UN TIRO, DEMOSTRANDO QUE GASTAMOS MILLONES EN SEGURIDAD MILITAR QUE NECESITAMOS PARA COSAS MÁS IMPORTANTES...


GREENHAM NEWSLETTER

SUMMER 92


... Hello again!

Yes we're still here! We never did get enough money together to post out the autumn newsletter and now it's summer already. The tenth birthday went very well and Green Gate stayed open afterwards. In November, Bloo Gate was bulldozed to make a new driveway for a Mormon church (that is now almost completed). We set up on the other side of the driveway and had to get used to new views, new shelter, new land. It's much sunnier than the old spot and evictions are easier, but the shelter is more precarious here. We've had several lovely visits from Spanish ~~oo~~ after 5 Greenham ~~oo~~ made a speaking tour of Spain last May. In April there was a visit by the Russian inspection team and wimmin went in to greet them and did lots of actions. In May the fence was declared illegal by a judge in Oxford: we hope all wimmin will join us in freeing the common from her bonds in July. The US and RAF should be leaving in July - the future of the land is still uncertain. Come and visit anytime and we can set the common free!

Dido



BASE FENCE DECLARED ILLEGAL




Jubilation when Judge Lait ruled on 18/5/92 that the Greenham fence is illegal, during Georgina Smith, Jean Hutchinson and Sarah Hipperson's appeal against conviction for fence cutting back in 1987. But it doesn't mean the fence will be taken down. Women don't have 'locus' (legal standing) to demand that. Only Commoners and the District and County Council do, and they don't have an immediate interest in it, partly because they are not in the business of embarrassing the MOD and partly because they are scared of an 'invasion' of travellers.

The rights of the thirty or so commoner households at Crookham Common are still intact, the MOD paid over 80,000 to the Greenham Commoners committee last year and all but three of the commoner households have accepted their share of the money. 2 of the remaining 3 cut the fence in February, got charged with minimal damage in order to declare in court the extinguishment procedure was illegal and since they have accepted no money their rights are intact. The case still hasn't come to court and the MOD are in no rush. If the Commoners win the case it would mean Greenham Common is still (subject to Section 194 of the Law of Property Act 1925, the clause which says no structures or fences on commons where there are commoners' rights. So this case affects the future of the fence, base, and common. If it fails the MOD could sell the Greenham end to parties other than the local council, eg. the Army. The Crookham end no-one but the Council will be interested in, since it can't be built on, so is likely to return to public usage. Styming the extinguishment of Crookham rights was significant because it put half the runway out of use, leaving the other half useless. That was achieved by constantly finding complications.

** After the US and RAF leave (quite shortly) there may well be no budget for repairing the fence. **

Evelyn



La sorpresa del acoso laboral



FOTO DE JOSÉ MARÍA FOUCE

La profe era activista de verdad

—¿Y qué haces últimamente?

—Pues, no sé... Nada nuevo...

Abro los ojos sobresaltada, urgente, que no me despierte la histérica alarma. Me siento frente al ordenador con un café, pierdo un solitario y —sepultando el amago de exasperación— abro el correo electrónico: información sobre la guerra escrita por activistas de los Balcanes. Es urgente traducirla y difundirla. De paso, la llevo esta tarde a la concentración. Empiezo a montar el dossier. Al cabo de dos horas retomo —al fin, porque llevo meses de retraso— la traducción del libro; un estudio de la lucha noviolenta en las zonas de conflicto. Consigo hacer cuatro páginas antes de que llegue Alexa, soy una máquina. Ella trae croissants, pero no puedo comer, tengo el estómago contraído. Mientras hacemos café, pongo una lavadora. Damos la clase de inglés, hablamos del cuadro que me regalará a cambio, es un trueque, y nos despedimos. Vuelvo al ordenador, pierdo otro solitario y repaso las páginas traducidas hoy. Imprimo el dossier de la guerra, tiendo la ropa.

El tiempo se me echa encima como en emboscada, cómo es posible. Me visto de camino a la cocina, echo leche en un cazo y luego el puré de patata en copos. Mierda, no hay mantequilla. Chocolate negro y una naranja *mientras* me cepillo los dientes. A la bolsa los papeles, los libros, las llaves, el tabaco de animales, un bolígrafo, la agenda, el abono-transporte y cinco mil pesetas. Salgo corriendo.

En el tren, leo a Faulkner, pero como si fuera poesía, dejándome llevar, sin entender nada. Tengo tanta velocidad en la cabeza como los postes que pasan. Al bajarme me doy cuenta de que me estoy muriendo de sed. Un puesto de helados, veinte colegialas delante: dos fresas, una nube, un melón, espera que me lo pienso, tres del regaliz rojo, dos del negro, seis chicles de cola... Nunca tendré hijos. Consigo el agua y vuelo a fotocopiar el dossier, cuatro mil pesetas. Llego a clase sin tiempo a pasarme por el servicio. Explico las subordinadas adverbiales condicionales. A tercera hora noto que me baja el periodo. La hostia. Pido una compresa en Jefatura de Estudios. Por suerte han arrancado el espejo del servicio. Vuelvo a clase. Dicto el siguiente ejemplo: "Si no tuviera el periodo...". Un alumno protesta: es chico y no piensa copiar la frase, no es maricón. Nunca me acostumbraré. Termino sin más derramamiento de sangre que el mío. Salgo disparada a Madrid, a la concentración contra la guerra que se celebra en Sol. Preparo las clases del día siguiente en el viaje.

En el kilómetro cero, en lugar de mujeres vestidas de negro y en silencio hay una ruidosa manifestación de jubilados. Subo a la plaza del ministerio de Asuntos Exte-

riores porque ya habrán ido a abrazar el edificio. Encuentro a otras activistas, en guerra de eslóganes con un grupo político que se ha puesto enfrente y nos insulta. Miro a las policías; no sé si están sorprendidos o si nos miran con soma. Veo una tienda abierta y compro leche. Parece que no hay manera de formar la cadena, falta gente... Y de pronto, no sé bien cómo, resulta que hay suficiente gente, y conseguimos formar dos corros alrededor del ministerio. Un alivio.

Ahora reproducimos un bombardeo en la plaza Mayor. Dos nos ponemos a distribuir el dossier mientras la guerra de eslóganes y los insultos se desatan otra vez, con virulencia, y me entran ganas de dejar el pacifismo, para pegarme con todos. Un hombre con un rudimentario megáfono llama a la colaboración y parece que la situación se calma. Empiezan a sonar las sirenas. Se oyen disparos, caen los primeros muertos. Sigue una bomba, ráfagas de disparos, una larga y quejumbrosa sirena... Todo el mundo empieza a caer. El nudo del estómago me sube a la garganta. Pero no hay tiempo: escapo con otra activista, porque tenemos que dejar unos carteles en el local del grupo.

Hacia la medianoche, llego al café donde haremos nuestra Lectura de Primavera (poemas y relatos de mujeres que no publican ni en revistas literarias), hablo con la dueña para ultimar los detalles, y dejo convocatorias contra la guerra en las mesas. Es entonces cuando me acuerdo de la leche. De que se quedó junto al caballo de la plaza.

Llego a casa sin sentir el cuerpo, pongo la tele y ojeo mi correspondencia: el banco, los deberes corregidos del curso a distancia, publicidad a mi nombre (a la pila de

"denunciar"). Apago la tele porque es insoportable, enciendo el ordenador y gano un solitario. Vaya, me hace fiesta con fueguitos artificiales. Abro el correo electrónico y lo cierro inmediatamente (hay 25 mensajes urgentes más). Me ducho, cojo el agua y me meto en la cama. Tengo miedo de no dormirme.

Sueño que los militares han arrasado con todo, pero que nosotras estamos vivas y ellos no lo saben y quizá podamos liberar a la gente esclavizada.

Me despierto. Me desespero un poco. Me desespero bastante.

Salgo a recoger la ropa tendida, así me da el aire.

Abro una lata de cerveza, que siempre es mejor que una tila.

Me siento, y así, como una arcada, empiezo a escribir un poema.

COMPAÑÍA PARA "LA PROFE ERA ACTIVISTA DE VERDAD"

Con el título "Diario de una activista estresada" esta pieza fue una colaboración de prensa que me pidieron (y no publicaron) para una sección de un suplemento de prensa que pretendía crearse, "Las mujeres se mueven"... (suspiritos)

Esto ocurrió años antes del 15M. Siempre pensé que hubo personas como yo, anónimas, que tuvieron mucho que ver, porque trabajamos para ayudar a otras personas a aprender a mejorar la capacidad de sentir, pensar, relacionarse... ¡De ahí el homenaje del título!

La saltadora

*Dedicado a mis (cíber)amistades
personas expertas en saltar y en encontrarse*

Mírame, con el barro casi hasta el borde de los ojos, pensando en Shakespeare. *People get soiled in the working*, la gente se mancha cuando trabaja, la gente que trabaja, no la gente que hace trampas. Mancharse, cuando es de tierra fértil, no es el mancharse habitual, es mancharse como yo ahora, que estoy hundida porque la cabeza me pesa demasiado y me he clavado en la tierra blanda hasta el borde de los ojos. Es excesivo, cierto, pero constato que es posible, que ocurre en ocasiones.

Soy saltadora, experta en saltar. También corro. Puedo salir corriendo en prácticamente cualquier situación, y ni siquiera necesito el cuerpo. He saltado de pico en pico por las montañas más altas del planeta, porque odio las fronteras y a veces subrayar los hechos consuela.

Entiendo que no puedas creerlo aunque yo sé que así ha sido. No te preocupes, estoy acostumbrada; y apoyo

que no se tenga fe: lo que más necesitamos es aprender a razonar con el corazón.

(No caerá esa breva de la higuera.)

He saltado también de volcán en volcán y he conseguido no caer dentro, a la masa candente de lava. Se me han chamuscado las pestañas y las cejas, lo que no da buen aspecto, pero eso ha sido todo.

He saltado por el agua de lagos y ríos como salta una piedra plana lanzada al ras, para luego caer danzarina entre los peces (animales de sangre fría), hasta el fondo, donde he levantado nubes. Se podría decir entonces que también he volado.

He trepado por árboles y saltado de copa en copa...

Disculpa,

esto me aburre un poco,

no sé cómo darte mejor idea...

Soy bastante experta en saltos.

También en decir cosas que nadie cree, salvo las niñas (esas cachorras capaces de lenguaje a quien nadie escucha). Me creen aunque no saltaran, pero he de decir que ellas también saltan (todas ellas, calculo). Nos sentamos sobre una piedra o un tronco azul, sobre la tierra naranja, y me escuchan. Saben que no miento y que pueden aprender algo de las narraciones de los saltos, algo valioso. Ellas, al ser pequeñas, no tienen mi experiencia, y dado que comen menos que nadie (apenas hay para quienes son las últimas de todas las filas) tienen menos fortaleza de la que podrían

tener. Es cierto que cuando se enfurecen pueden compensar esta situación. Pero son niñas, son cachorras. A veces, he saltado con algunas a mi grupa, unas pulgas a lomos de una yegua feroz en el corazón de la noche destructora, quiero decir, cuando había que huir de algún cuchillo violador. No quería extenderme en este punto, sólo decir que ellas me creen, se hayan venido conmigo o no, porque ellas pueden hacer esas cosas con bastante naturalidad (mientras aguardan su turno, por ejemplo).

Voy a cerrar los ojos, en el barro no me serviría de nada tenerlos abiertos y seguro que duele. (No, no lo puedo saber ahora porque todo me duele.) Intentaré pensar en concentrar todas mis fuerzas para salir de aquí.

Lo primero, saber... ¿Tengo fuerzas para saltar?

Quizá si pasara por aquí alguna niña con su risa clara de persona pequeña capaz de hacer cosas increíbles entonces saltaría, aunque lo cierto es que me gustaría descansar, me pesa la cabeza y tengo mucho sueño... Me gustaría dejarme amasar por la tierra fértil y descansar...

Hundirse, lo saben hasta los átomos del polvo, es sólo dejarse llevar.

Caramba: oigo risas de saltadoras de mundos.

Creo que vienen a rescatarme.

De cuando la saltadora cayó en un pozo

Sueño I En la Torre Eiffel

(Ocurre que en un momento tienes que subir)

He seguido subiendo los escalones de hierro intentando ser lo más ligera posible, y cuando éstos se han terminado, he tenido que empezar a escalar. Ha sido relativamente sencillo: la columna central de la torre tiene refuerzos como vértebras cada metro y medio, calculo, y me apoyo en ellos. Ahora el viento es muy fuerte, por lo que me abrazo con firmeza al hierro.

Miro abajo y no comprendo nada: estoy sola, la distancia que me separa de todas esas personas es tan grande que no pueden verme. Creo que es esto: yo las veo porque sé que es posible (estoy aquí); ellas no ven porque no pueden imaginar que se pueda llegar a la cima, ni miran siquiera hacia aquí. (No sé por qué mi relación conmigo misma es tan mala si soy capaz de realizar hechos como éste. Tendrá algún valor, medito.)

Sosteniéndome ahora con las piernas, uso los brazos para empujar hacia arriba con todas mis fuerzas y mi coraje porque tengo que mantener la torre completamente quieta para ir posándola casi imperceptiblemente. Cualquier movimiento, por leve que sea, podría lanzar despedidas a los seis millones de personas que continúan subiendo. Una masacre.

La torre está sólo a dos metros del suelo, pero... Por qué no miran para aquí... No puedo sola. Los músculos de mis brazos empiezan a empaparse de sangre. Me van a estallar del esfuerzo.



Sueño II

En casa

(o plantearte el asesinato
a no ser que tengas más inteligencia...)

Nos han invadido la casa los insectos. Ahora estamos en el baño, donde vemos rastreando el suelo a dos, como de siete centímetros cada uno, y en el aire, repentino, posándose ahora en la parte superior de la puerta semiabierta, otro gigante...

Estamos estupefactos. Nos miramos en silencio. "Habría que plantearse matarlos." No podemos. Lo que intentamos es conducirlos a las ventanas abiertas.

El método es lento.

Nos llevarán largos meses de cuidadoso trabajo poder recuperar nuestro pequeño espacio, por eso ahora no puedo contar más.



De cuando la saltadora perdió las malditas partículas

Había escuchado historias de sombras que se habían rebelado y huido de sus cuerpos, y ahora imaginaba el asombro que habrían sentido aquéllos, abandonados a una especie de no existencia por su pérdida de dimensión; un asombro tan intenso que le habría parecido escándalo a quienes no supieran que sus protagonistas (y esto es mera deducción) no podían haber sido creyentes, no alcanzaban la férrea convicción, tan excesiva en su solidez.

Su caso particular, el de ella, era que había perdido el cuerpo. Se acordó de una amiga que había dicho un día, a océanos de distancia, que no se veía en el espejo. Creyó que Vecha hablaba con tristeza o desdén por su persona, e intentó animarla. (Realmente, sería bondadoso interpretar menos, ser más inocentes a la hora de escuchar.) Ahora comprendía lo que ella le había dicho: a veces perdemos el cuerpo.

Sí, ahora sabía lo que significaba. Sin cuerpo, la mente extiende su territorio físico al infinito. No hay nada concreto, asible, y hay mucho espacio; en realidad, vacío, en realidad, distancia.

Sin cuerpo, se ve el dolor y la furia que hubo dentro, que fueron propias; y también, la fea mezquindad, la torpe maldad de las personas ordinarias, sus tristes y pringosos proceder, la intención de mal, ¡de mal!, a causa de sentimientos menores como la envidia, el egoísmo ególatra o inconsciente, el gusto por dominar vidas... Todo entremezclado, como la luz en un cuadro impresionista; y al tiempo, difuso.

En el espacio, efectivamente, cabe todo, todo se mezcla, todo parece pequeño, poca cosa. Es preciso, por tanto, cambiar el enfoque, centrar un poco la atención en la biología del ideal para no ser desbordada; encontrar el hueco físico en un lugar concreto: sentir el oscuro olor de la tierra entre los dedos, alzar la vista para poder encontrar los ojos, tan pequeños y concretos, tan musical sus galaxias, presintiendo la lluvia en la noche, sabiendo cobijarte de las tormentas, sabiendo beber agua del río, alerta, con la tensión precisa de ser capaz de sobrevivir en el medio.

Ahora veía de algún modo lo que de ella se había dicho año tras año, malas interpretaciones, defectuosas, pero creíbles por un crimen en ella marcado llamado empatía y un estado de la misma: intensamente desbordada. Sobre todas las cosas, dolorosas, las interpretaciones; carentes de amor, que es decir, carentes de puentes posibles.

Ay ese dolor de sentirse aislada no sabiendo bien por qué y a pesar del esforzado. Ya lo dije en otra ocasión, *Se me llenan los músculos de sangre y me estallan los tendones. ¿Y cuándo lo das por perdido? Cuando caigo rendida, sin fuerzas ni para matarme. Nunca nada es suficiente.*

Quizá (pudiera ser) sí había algo infantil en su manera de pensar, pero no el cerrar los ojos y creer que no te ven: era creer que redoblando esfuerzos y dándole a la alegría un uso excepcional, la mediocridad podría reducir sus violencias y el mundo cobrar, así, mayor belleza, mayor justicia, esto es.

Tocar la tierra... No sabía ahora cómo...

No iba a ser oler a tierra... Se había perdido el muro de contención que dibuja la figura en la geografía, concentrándola en un cuerpo. No a tierra, entonces: olería, probablemente, a disonancia... Sin cuerpo, se dispersaba la fuerza que podría componer el ánimo, quedaba disuelta en la nada, que era lo único en ese momento que tenía concentración.



BOSÓN DE HIGGS

Regenerando la identidad perdida



Meditar



Un espacio

Lo dijo de ella. “A la Ciudad Encantada se suele ir con alguien pero tú eres capaz de haber ido sola.” Ella no lo recordaba, sólo pasear entre las piedras. Entre piedras sorprendentes porque, estando solas, se ubicaban unas cerca de otras. *Tendiendo a la compañía*, como ella: sociable, y al tiempo, portadora del instinto que conoce el afán del mundo por no dejarla existir, por borrar todo rastro de su paso propio. Así de irracional y violenta era la cultura. *Da-vida, Vida*, contra Goliath, ese ser inmenso y desquiciado.

No recordaba si había ido de adolescente con el instituto o años después, como vagabunda o andadora de caminos, porque guardaba algunas distancias con la memoria. Le daba la sensación de que si retenía memoria de las cosas pasadas de su vida no podría pensar el mundo en el presente, tan poderoso y complejo, tan lleno de trampas; no tendría suficiente energía para hacerlo, suficiente capacidad para abrirse paso en él. Pero pudo haber sido que tras apearse de un tren precario, hubiera echado a andar, como hacía a menudo entonces, buscando la soledad para recuperar su fuerza.

En aquel tiempo la Ciudad Encantada no tenía cercos, estaba abierta, y no se te forzaba a ver una catedral en una determinada piedra del campo. Una piedra era sencillamente una piedra y lo que tú vieras en sus formas. Como al mirar las nubes, sólo que más abajo, a ras de suelo. Ella estaría allí entre las piedras silvestres, libres de la función de sostener, de ser usadas; piedras siendo piedras, no cuevas, ni casas, ni altares, ni desafíos.



Le dio curiosidad que él tuviera una idea sobre quién podría haber sido ella en el pasado, en su adolescencia. Esto no era fácil, ya que no encajar en lo que la sociedad esperaba de ti, ese ser Mujer tan como una camisa de fuerza, sumado a que ella no podía renunciar a sí misma, someterse, como un animal furtivo con un agudo sentido de la supervivencia, la había hecho desarrollar algunos modos que no ofrecían información fácil de interpretar. Como que, siendo persona crítica, planteaba las cosas disculpándose, con una risa infantil; como que siempre se exponía, anunciando al mundo humano que era inofensiva, como si aquello pudiera librarla de la reacción que se desataría al oír su voz, propia.

Quizá fue la dificultad de construcción de su identidad lo que la había llevado a sentir incapacidad de creer que conocía a alguien. Le daba pudor, conocer, una intrusión. De pequeña, había rechazado contemplar los retratos por este motivo, y que la hicieran fotografías. Asumía, por tanto, un hecho natural, inevitable, que no pudiéramos conocernos, y apostaba por la compañía para combatir esa

tristeza y por pura alegría de vivir. Pero parecía sola en el mundo, aislada, allí donde todo el mundo parecía insistir todos los días, a cada paso, en que conocía a otras personas. Sospechaba, desde su radical y amada soledad, que lo que otras personas conocían era un papel que había que imponer, y cómo presionar para que se asumiera. Por esta causa, en general, que alguien hablara como si la conociera la empujaba a huidas olímpicas en su resolución.

No sintió ganas de salir corriendo cuando escuchó a su persona amada decir algo sobre cómo podría haber sido ella en la adolescencia. Tenía delante alguien excepcional por su inteligencia pasional y clara, incapaz de hacer daño, capaz de mostrar universos. Estaba a salvo de mezquindades, envidias, manipulaciones y tragedias evitables. Era, sencillamente, una conversación de dos personas que se querían. “Te imagino yendo sola a un sitio al que la gente va de excursión en grupo”. Las cosas significaban lo que se decía. Así de preciosa era su comunicación. Y al tiempo, las palabras abrían espacios de conocimiento metafórico sobre la especie, perdida desde tiempos remotos, en su obcecación por la violencia.

Era cierto. Ella solía ir sola a todos lados, en ocasiones buscando la ausencia de personas, y aunque todos los lugares tendían a estar habitados, cuando viajaba por los caminos todo era temporal, sobre todo las presencias, incluida la tuya propia, siempre en movimiento. Actuaba así porque necesita huir y finalmente comprendió (aunque sólo con el cuerpo inicialmente) que lo que necesitaba era escapar a la presión continuada de la homogeneización, desertar de ese campo de batalla invisible contra cualquier

identidad que no se sometiera. No se trataba, por tanto, de que no supiera querer o comprometerse.



Entre las piedras había soñado con su madre. Recibía una carta suya, con su preciosa letra: abierta, equilibrada, libre, bella. Respondía a una carta anterior de ella, donde decía que la quería. Una carta enviada demasiado tarde pero que, al parecer, había llegado a su destino. Soñó que entonces la llamaba por teléfono, podría volver a escuchar su voz, su cuerpo cobraría presencia física y podrían conversar apaciblemente, leves, próximas. El fulgor al final del túnel de una relación perdida para siempre.

La madre, la “mala madre”, siempre objeto de palabras comunes, ignorantes y crueles, defendida por su cachorra con toda la pasión de la infancia, aunque nadie pudiera percibirlo siquiera. La madre asesinada por la mezquindad del mundo, pero nunca aplastada porque una cosa es acabar con la vida de una yegua alada y otra muy distinta poder destruir su belleza.

Y ahí estaba la sensación intensa, inminente, de que acechaba un espacio de magnitud interestelar de dolor en el recuerdo. Soterrado bajo la alegría del reencuentro onírico, bajo aquella feliz posibilidad, y a pesar de su vida cotidiana propia, lograda contra todo pronóstico y mal augurio con la intervención de la suerte y de la vida en sentido estricto pero también por el latido de ser propiamente, desobediente con gradual consciencia al mandato de violencia de la mayoría para que el mundo humano más brutal se perpetúe; enterrado bajo la atención clara y brillante

sobre el objetivo prioritario: luchar por no herir, por reconocer, hallar, desarrollar la humanidad perdida, arrebatada, aniquilada, por no dejarse maltratar ni siquiera por quienes la quisieran mucho y no lo pretendieran, por aprender a vivir como ella imaginaba que se podría vivir, siendo una persona con interés en las cosas importantes y dedicación radical a ellas, ahí estaba, aquel inmenso espacio insondable de dolor en el recuerdo.



Y estaba también el otro espacio, el físico del presente, el campo de batalla con sus claros del bosque para escapar y vivir.

Estaban las piedras desde hace siglos, templándose al sol todas las primaveras, oliendo a campo y libertad, mientras las marcas impuestas se borran o descomponen porque su violencia no puede con la vida.

Y ella vio que los espacios son diferentes y que no encontrar los espacios que existen y se presiona por ocultar, deformar y destruir no era más que una forma cobarde y muerta de mirar.

Un momento de pánico

La construcción, un misterio, emulaba un armario de metal de unos siete metros de altura, de estabilidad frágil. De alguna forma, habiendo entrado accidentalmente en el amplio espacio medio vacío del local que lo alojaba, había visto su base, su imponente recorrido vertical, y al acercarse absorta por la curiosidad y mirar por atrás, en la pared había encontrado una puerta que le abrió paso a la cotidianidad de una vivienda de tres pisos.

Subiendo, como si de pronto fuera un faro, resultó conducir al salón de dos personas adultas afables a las que saludó mientras abría (lo supo instintivamente) la puerta de acceso a la parte superior de la mole incierta. "¡Ve con cuidado!", dijo él. "¡Qué valiente!", exclamó ella. La miraban juntos, como desde un balcón de felicidad compartida.

Con la alegría y la emoción del hallazgo, cuidadosamente, se colocó en la plana superficie del techo del armario, para contemplar desde su altura el mar inmenso, abierto y claro como el cielo, que tenía ante ella.

Pasó así el tiempo, ensimismada y entregada a la contemplación, disfrutando de esa realidad de vida que es la naturaleza. Mecida por las ondas, capaz de oler el agua

salada, sentir los cristales minerales, la vibración de la música submarina. Recorriendo el otro azul que era el aire, por el que navegan las aves, otean, juegan, asomándose hasta donde se adivina la más profunda oscuridad del espacio entre las estrellas, imaginó luego la caída en picado de un martín pescador.

Cambió entonces el plano del espacio y el tiempo.

Abajo el local, con el suelo de baldosas, un cerrado caos de confusión en blanco y negro, con una mesa, una silla, un hombre y el ruido del televisor; con la mujer sirviendo sobre un contador húmedo, brillante y duro, su jersey de lana acrílica, gastada y dura. Te sonrío alzando la mirada sin mover la cabeza (para que no cambie nada, quizá haya algo peor)... Saludas emocionada porque reconoce tu valor y habilidad; agradecida, porque no sea una persona de las que pisotean las estrellas que caen en su jardín.

Pero al volver la vista a donde estás, de pronto, el frío glacial del vértigo: ves la distancia, la lejanía del suelo desde el miedo, la vulnerabilidad de tu cuerpo en la altura supuestamente imposible. No puedes ni respirar, petrificada por el miedo pavor. No puedes ni mover los ojos por pánico a precipitarte al vacío, caer, partirte el cráneo contra el granito pulido, sucio y helado.

Un siglo, quizá unos instantes: la vida nunca se detiene. Llena de mar y cielo, del calor animal de la comunicación humana, de identidad propia y libre, abres los pulmones para coger al fin aire y sabes entonces exactamente qué hacer: cerrar los ojos palpando el camino hacia la pared, localizar la puerta, el pomo, abrir, entrar, y estar a salvo del miedo. *Libre para volver a moverme en libertad.*

Realidad



EL AMOR (APUNTE A CERA), BASADO EN UN CUADRO DE MATISSE

El misterio de Chihuahua

I

Después de la muerte de mi madre, busqué por toda la casa, impelida por la sorda alarma de que se lo iban a llevar todo. Recuerdo que empecé por el guardarropa: estirándome bastante, bajé las cajas de sombreros y las pamelas (era mayo), tanteé después entre la ropa colgada, desordené los cajones. Buscaba, pero no sabía qué, o para ser más precisa, no era consciente de que estuviera buscando algo.

Ocurrió horas más tarde, cuando al caer en la cama abatida por el desamparo, aquel vapor de sueño de mi cabeza empezó a disiparse y comprendí al fin que mi madre había muerto, que yo necesitaba tocar objetos que me la devolvieran, investigar papeles que descifrarán su vida, recuperarla, retenerla, cuanto antes. Por eso, aun sin saber-lo, quería encontrar la bolsa de plástico anudada, con un cartel dorado que decía: "Para quemar si muero. No leer".

Sobre la colcha de ondas verdes, ésa fue la primera vez que la vi. Mi madre, sentada en la cama, sacaba papeles de ella, el pelo recogido en caracoles rubios, el pijama

de seda estampada con pequeñas flores granate. Olía a cremas francesas. La trompeta de Miles sonaba como cargada de algo bello y profundo, y mi madre se veía tranquila, absorta, quizá sensual. La música y los aromas...

De pequeña, solía entrar en su cuarto cuando se arreglaba para salir a bailar. Creo que así fue como empecé a aprender lo intenso, lo feliz que era ser dueña de tu vida. Marvin Gaye, James Brown, Isaac Hayes. Aceite aromático en el baño de espuma. Yo me sentaba sobre la mullida tapa del váter a escucharla hablar de todas las cosas del mundo que iba conociendo mientras ella se ponía las largas y curvas pestañas postizas. Luego se enfundaba en sus vaqueros, y bailábamos un poco entre risas. Finalmente, llegaba el momento de la despedida: ella se envolvía en el abrigo, yo tiraba de él, y le decía "Quédate", o "Llévame contigo". Un amago de angustia boqueaba en los ojos de mi madre cuando se la llevaba el ascensor. Al cerrar la puerta tras de mí, me sentía culpable, pues sabía bien, de alguna manera, que no pasaba nada, que la libertad era algo que daba intensidad y felicidad a la vida, y que debía haber hueco para ella también. Además, por la mañana, en nuestras mesillas, encontraríamos una servilleta, suave y gruesa, con deliciosas almendras, o pequeñas sombrillas orientales de papel, rosas, amarillas, azules, que abrías y cerrabas hasta la carcajada.

La segunda vez que vi la bolsa, era yo quien escuchaba música. Los sábados, cuando mi madre se marchaba a vender parcelas al campo y vibraba la luz en su dormitorio, me ponía a bailar, sintiéndome libre, olvidada del tormento de mi cuerpo adolescente. A veces abría las puertas

acolchadas de su ropero para contemplar las cosas en los espejos enfrentados, multiplicadas hasta el infinito. Y después repasaba su vestuario. Mi madre hacía viajes a Londres y París para comprar discos y ropa bonita, extravagante, que a menudo regalaba a ávidas mujeres de la jet set. Los modelos que quedaban, al cabo del tiempo se guardaban en el Cuartito, una habitación para la ropa, los bolsos y los zapatos, que estaba en la cocina, pues originalmente su función era la de alojar a alguien del servicio doméstico.

En el Cuartito (descubrí un día que miré bajo la cama), mi abuela escondía las cosas que se iba a llevar de la casa de su hija: bidones de aceite de oliva (menudo derroche, comprar tanto aceite), un buda de porcelana traído directamente de China (no sé para qué quiere tantos), muñecas del mundo (esta niña lo rompe todo, mejor se las guardo yo)... Tenía un Cuartito ella también, en su propia casa, sólo que cerrado con llave y candado. Un cuarto por el que pasó el desaparecido Stradivarius de mi abuelo. Cuando nos invitaba a visitarla (me encantaban sus meriendas, y podía contemplar mis muñecas en la vitrina del salón, incluso pedir que me bajara una para tocarla) y tenía que entrar en su Cuartito para coger algo, yo luchaba por colarme en él, sin éxito. Ella era una fiera guardiana de su intimidad y yo una amazona demasiado joven. Adoraba a mi abuela. A veces me quedaba hipnotizada mirándola. Era una mujer increíblemente guapa. Había ganado un concurso de belleza aunque llegó arrastrada del brazo por una amiga, con su pelo negro, largo y ondulado, a medio secar porque llegaban tarde; y su vestido rojo de lunares, y sus

dientes blancos como una mañana soleada, iluminando su preciosa sonrisa. Gracias al matrimonio había escapado de la miseria de una familia numerosa y de la austera brutalidad de un pueblo castellano. Al casarse con un Primer Violín de la Orquesta Nacional, creyó que encontraría un estatus donde ser admirada y cuando mi abuelo perdió el empleo, por la dictadura, y se vieron forzados al exilio, como buena superviviente, evolucionó la idea, y de la vida itinerante que se siguió, ella construyó su sueño: subida a los escenarios, junto a mi abuelo, deslumbrando a los extranjeros con su belleza española, supo que estaban destinados a ser estrellas de Hollywood, como le había ocurrido a Xavier Cugat, un compañero de profesión, con las películas de los hermanos Marx. No pudo imaginar que a mi abuelo no le interesaría la fama. Menos aún que la que llevaría la vida de estrella de cine sería mi madre, su patito feo, aquella niña a la que ella en realidad no pudo querer nunca, por más que mi madre lo deseara.



Alcé los ojos, uno de aquellos sábados, preguntándome si serían nuevos también los sombreros, y entonces volví a ver la bolsa. Cerré el armario.

II

Mi madre había sido educada para casarse, como ocurría entonces. Sólo que ella, a los dieciocho años, harta ya de coser y bordar, había sacado una pierna por encima de los geranios del balcón y había amenazado con tirarse si no la dejaban irse al extranjero a aprender inglés: no les costaría un céntimo, ya había hablado con una conocida de allí que la ofrecía trabajo de au-pair.

Al volver de aquel país oscuro, de lluvias tristes, familias tiranas e ideas democráticas, había aprendido a hablar inglés y taquigrafía. También, que la libertad de movimiento era una fuente de placer y de sabiduría, la llave para aprender cuestiones triviales y profundas, y se había dado cuenta de que su intuición la guiaba bien. Encontró trabajo de secretaria. Al poco tiempo, su jefe se dio cuenta de que tenía un don para tratar con la gente, y le asignó la tarea de vender parcelas y chalets en una urbanización. Al sueldo empezaron a sumarse sustanciales comisiones y se independizó de inmediato. En cuestión de semanas era millonaria, y así de rápido también forjó sin pretenderlo una especie de leyenda en vida, la de la vendedora más generosa del planeta, ya que invitaba a sus clientes a comer en un hotel de cinco estrellas, e incluso a veces les hacía regalos.

De esta época, sin embargo, lo importante no fue que se hiciera rica. Lo importante —y lo difícil de comprender, por absurdo— fue que su capacidad para mantenerse económicamente ahuyentaría de su lado a los hombres buenos. Y es que entonces los hombres buenos también se asustaban de las mujeres independientes y vitales. Mi madre, sin saberlo, sin modelos por los que guiarse, dudando, por tanto, de sí misma en ocasiones, tuvo el valor y la inteligencia necesarias como para buscar su camino, el estilo de vida que quería llevar. Decía que los hombres españoles creían que el aseo les hacía menos masculinos: usaban palillos ostentosamente, no se cambiaban de calcetines a diario, y hacían ruido al comer. Además, no quería vivir al servicio de la persona a la que amara y no entendía por qué las mujeres no podían ganarse la vida. Por todo ello, se casó un extranjero, un hombre de aspecto tímido y angelical, pulcro, y sobre todo un compañero, pues había sido educado en un país donde las mujeres no eran unas guarras si los muebles tenían polvo, ni unas zorras si usaban pantalones y aspiraban a tener un trabajo con sueldo. Aquel hombre había nacido en los Estados Unidos, un país donde la gente se duchaba todos los días porque las casas tenían de todo, y donde el trabajo y el dinero se repartía entre hombres y mujeres.

A pesar del "sueño americano", la historia de James Z. Smith no era afortunada. Había ingresado en el ejército tras comprobar que como trompetista clásico y piloto de carreras no conseguía ganarse la vida. Asumió lo que allí es la opción de los pobres y se vino a trabajar como soldado a una base aérea de las que Franco le prestó al gobierno es-

tadounidense. Para mi madre, la vida de española-casada-con-un-soldado-yanki trajo a casa un bienestar material jamás soñado. Teníamos los mejores electrodomésticos de la historia de la humanidad, esas máquinas indestructibles "Made in USA" de los años sesenta y setenta: licuadoras de doce velocidades; neveras que llenaban los vasos de los invitados con cubitos de hielo perfectos; los más potentes tocadiscos, televisores en color, relojes musicales, lavadoras que dejaban la ropa mullida como el algodón, y todo esto al alcance de cualquier bolsillo, porque los yankis además de producir bien habían dado a conocer la compra a plazos, el ábrete-sésamo de la economía doméstica, hazaña que les reportó el respeto de los ojos más clarividentes de la época.

El matrimonio arrojó otro hecho inesperado, aunque nada feliz: mi madre era, sin dudarlo, su compañera de día, pero de noche era su víctima. Aguantó tres años porque creía que estar casada era así. Sin embargo, su intuición, capaz de ignorar las tiranías de Lo Normal, le permitió separarse de aquel creyente que asumió la obligación de llegar virgen al matrimonio y que luego fue incapaz de superar veinte años de represión, por mucho que la viera sufrir. Un día mi madre le compró lo que él quiso vender a cambio de que se marchara. Quizá no fue tan fácil, pero el hecho es que al final él volvió a su país.

Y entonces *desapareció*.

Su madre escribía a la mía para preguntarle sobre el paradero de su hijo y la esposa respondía que le había acompañado al aeropuerto, que tenía que estar ya en su país. La Abuela Americana volvía a escribir, desquiciada,

diciendo que nadie lo había visto, que mi madre mentía, que qué le había hecho. No sé bien cómo recibía mi madre estas acusaciones; en cualquier caso, contestaba con esforzada paciencia, reiterando la historia. A la Abuela Americana la ingresaron un tiempo después en un hospital psiquiátrico. Aparentemente, una crisis de esquizofrenia la había alejado del mundo material para siempre. De su hijo no se volvió a saber.

III

A los ocho años de la desaparición de James Z. Smith, mi madre se presentó en la embajada de Estados Unidos para solicitar la viudedad. Para entonces era polígama de hecho, y le encantaba contárselo a la gente, a pesar de la dictadura franquista, o quizá por eso mismo. Se había vuelto a casar con otro extranjero, un filipino con antepasados vascos, guapo, coqueto y muy dulce, además de un buen amante. Mi madre pudo dejar sus heridas cicatrizar y abordar de nuevo la vida con su característica vitalidad. Con el tiempo, por desgracia, Rafael Zubizarreta también cayó en las redes del complejo machista que enseña que si una mujer mantiene económicamente la casa está humillando al hombre, y acabó dedicándose al ocio y la venganza. Cuando mi hermano tenía cuatro años, descubrimos que le robaba ropa, perfume y joyas a nuestra madre para dárselos a una amante, una chica de provincias ambiciosa, a quien veía en las largas fiestas nocturnas que se costeaba con el dinero de nuestra progenitora. Un día, oí gritos en el salón y al asomarme, vi trazarse en el aire, para mi asombro, un oscuro

arco de café, que en el instante quedó impreso en el muro blanco como símbolo de la fugacidad de las cosas. Ella le había mandado que se fuera con viento fresco y él acabó casándose de penalti con la chica de provincias para convertirse al fin en un hombre de bien.

Pero antes de este desenlace, los oficiales de la embajada tras varios años de investigaciones, plantearon dos posibilidades sobre la identidad del desaparecido. Podía ser: a) un corredor de coches que después de un aparatoso accidente había muerto asfixiado, o b) el amnésico superviviente de una tragedia aérea en el Triángulo de las Bermudas, quien había rehecho su vida junto a una mujer con la que tenía ya tres hijos.

La investigación quedó interrumpida porque se acabó el dinero para financiarla, pero la embajada dio al fin por difunto a Mr James Z. Smith.

IV

Mi madre murió sola en un pasillo de hospital, por una cuestión de salud que no tenía por qué haberle costado la vida. Ocurrió después de una discusión familiar aquella misma tarde. Se había reproducido la misma situación que ella había vivido con su padre, y que la había marcado hasta el punto de que en casa estaba prohibido irse a dormir sin haberse reconciliado después de una pelea, por mucho enfado que pudiéramos sentir. Después de la Década de los Maridos, ella había seguido reteniendo su vitalismo, contra todo. Pero llegó un momento en que Todo se conjuró contra ella y le quebró algo por dentro. Algo crujió, como un palito, yo

lo oí; y siete años antes de su muerte llegó un punto en que ella dejó de verme y yo no pude reconocerla. Aun así, sí fue consciente de nuestra última discusión, y tuvo que morir sola en un pasillo sin que por última vez nos hubiéramos reconciliado.

Su muerte se lo llevó todo: ese infinito volverlo a intentar, la posibilidad. Sólido, se abrió un abismo bajo mis pies. Pasé siete años infernales, que arrojaron a mi favor (leer las consideraciones de Rafael Sánchez Ferlosio sobre la mentalidad expiatoria en *Mientras no cambien los dioses nada ha cambiado*) el haber de dos poemarios y la siguiente pequeña receta:

1. Confiar: es posible salir del infierno.
2. "Pasará": el dolor y el sufrimiento siguen ciclos y los momentos más duros llegan, pero también pasan.
3. No ponérselo difícil: no hay que proponerse misiones imposibles, ni se puede una juzgar con dureza cuando se está sufriendo.

En cualquier caso, tuve que recurrir a las drogas: en el verano de lo que resultaría ser mi último año de condena, atrapada y exhausta en mis propias redes, creí que ya no podría evitar matarme. Con el ímpetu de la desesperación, me presenté en la Seguridad Social, temblando, casi borrosa, medio oculta tras unas inmensas gafas de sol. Indolentemente alarmada, la señorita me proponía una cita para tres meses después. Tocaba, consecuentemente, suicidarse. No supe qué hacer. Sólo cabía en mi cuerpo la idea de que no podía más. Por suerte, la vida a menudo impone actos prosaicos en momentos de intensidad máxima y me vi llamando al psiquiatra de un seguro privado. Pude

también llamar a mi hermano, para que me llevara en la moto y estuviera a mi lado, pues tenía miedo, miedo al profesional, por si no lo era, ya que yo estaba muy frágil y era agosto y todo estaba desierto, y miedo a que tampoco pudiera ayudarme. Me atendió un joven doctor que escuchó atentamente, y quien, para mi alivio económico, psicológico y emocional, tras una escueta evaluación general, abstracta: "Somos pura química", me recetó las drogas que me sacarían de aquel pozo en seis meses. De mi querido Puqui, como le apodé, inmensamente aliviada y agradecida, tras la primera entrevista, aprendí que a veces los problemas se solucionan con una mera compensación química, lo que es mucho más fácil y eficaz que escribir poemas o hincharse a chocolate o patatas fritas viendo las películas de las cinco (formas indiscutibles de aniquilamiento).

A los cuatro meses de haber empezado el tratamiento, uno de esos días en los que te encuentras lo bastante fuerte como para recurrir a los recuerdos y lo bastante débil como para no hacerlo, saqué las cajas de fotos, y un maletín que había llenado desordenadamente el día en que abandonamos la casa de nuestra madre con papeles que no había vuelto a examinar. (La bolsa nunca la encontré.) Puse una cinta de Miles Davis y me instalé en la cama. Abrí el maletín. Había guardado los papeles pensando en hacer alguna vez un collage sobre el leviatán de deudas que se comió los últimos siete años de la vida de mi madre, pero no había podido. No podía *pensar* en ella. Ella me salía como una arcada en los poemas que escribía entonces, que aunque duros de sufrir, me mantenían, al me-

nos, con las manos ocupadas en no matarme. El maletín estaba lleno de letras, papel grueso amarillento que olía aún a Chanel número cinco, con esa insistencia triste de los olores alegres que quedan atrapados en los objetos. El texto, en tinta negra, contrastaba con el granate de las filigranas. Me puse a ordenarlas con el criterio infantil de los tamaños y las fechas, sin prestar mucha atención, concentrada. Aparecieron unas fotocopias sin interés artístico, y de pronto, como tesoro descubierto, un pliego con brillantes rayas azul celeste, amplios márgenes dorados y un sello de lacre rojo que fijaba una ancha cinta, verde y áspera, a una esquina. El colmo de la austeridad documental.

Divertida con el hallazgo, me serví un vino y me acomodé en el butacón. A medida que leía, aumentaba mi asombro. Sobre las firmas de mi madre y de su primer marido, se mencionaba el lugar de expedición: Chihuahua, México, y el año: 1966. Era un documento de divorcio.

V

Busqué en un atlas Chihuahua. Es un pueblo del desierto, situado al norte de México, cerca de Ciudad Juárez y de la fronteriza El Paso, en Texas. Probablemente de esos que tienen bolas vegetales rodando entre el polvo, horizontes que se deshacen en ondas, cárceles muy pequeñas y un representante de la ley corrupto. Un lugar hostil. Elección un tanto peligrosa, si se piensa, para que una mujer solicitara un divorcio.

Me esforcé por recordar alguna referencia a México en las narraciones de viajes de mi madre. Mi hermano y yo crecimos escuchando las anécdotas que contaba de sus dos vueltas al mundo. Jamás mencionó Chihuahua. De pequeña, cuando su padre tuvo que exiliarse, vivió en Hungría, Alemania y Argentina, y viajó por bastantes países europeos, bailando, como una niña gitana, al son de Sarasate y de Brahms. Ya de adulta, cuando tuvo dinero, siguió viajando: por los países occidentales para ir de compras, por los exóticos para alimentar su espíritu de aventura. Ahora, sin embargo, resultaba que en 1966, cuando mi madre, según sabíamos, le había pedido a su marido que la dejara y cuando éste lo había hecho, se había divorciado de él en Chihuahua... No podía creerlo. ¿Por qué no supimos de aquel divorcio? ¿Por qué no oímos nunca a nuestra madre hablar de un viaje a México? ¿Por qué Chihuahua?

Me cuesta contener la risa. Sé que no debería pasarme esto, pero me pasa. De todos los misterios que nos dejó nuestra madre, éste siempre me hace reír. Me produce un intenso y extraño sentimiento de alivio, como si perdida en el bosque oyera de pronto el grito de Robín. Me imagino la posibilidad más salvaje, lo proscrito. Imagino que quedaron en secreto en Chihuahua para divorciarse, que tras la firma de los papeles algo grave pasó entre ellos y que ella le mató, accidentalmente, en defensa propia. Sin odio, sin resentimiento, porque ella no podía matar ni a las hormigas del jardín cuando nos invadían (de eso se ocuparía mi hermano, pequeño y concienzudo). Imagino que ella consiguió salir de esa situación tan difícil. Y sé que desde 1966 hasta esos últimos años en que el mundo la abatió,

feroz, fue todo lo libre que pudo y a menudo feliz, como pocas personas en el mundo.

Y bueno, mientras observo lo dorado y ligero que es el champán, hoy que es mayo, este denso coágulo de dolor y desamparo que me dejó su muerte se va disolviendo, y pienso que si ella regresara —algo que no le sucede a los muertos según me consta—, brindaríamos, entre risas, por el indescifrable misterio de Chihuahua.



He hecho croquetas

Cuando era pequeña, la mujer que nos cuidaba, María, bajita y oronda, con una fortaleza y una risa irrefutables, hacía bizcocho los domingos para los desayunos de la semana. Vivíamos en el campo porque nuestra madre quería que pudiéramos montar en bici libremente, subírnos a los árboles, explorar territorios, caminos, cuevas... A María también le gustaba que la dejáramos en paz algunos ratos. Decía que la cansábamos, sobre todo yo, que creía que las niñas tenían derecho a opinar sobre las cosas que les afectaban. "Eres una respondona", me decía a menudo, a gritos en los momentos culmen, o como severa reflexión nocturna, mientras se mecía junto a la mesa camilla con infiernillo y se tiraba sus clásicos y sonoros pedos (esos que tanto nos aterrizaba oír a mi hermano y a mí). Yo siempre la pedía que me explicara por qué decía aquello, pero, en un sentido profundo, nunca llegué a entender las razones.

María había sido taquillera de cine en los años treinta, antes de la guerra. Había conseguido el trabajo gracias al sindicato, porque en aquel entonces, la gente pobre y la gente sin empleo se iba al sindicato a pasar la tarde, y se buscaban empleos para todo el mundo. Era raro que las

mujeres tuvieran trabajos remunerados que no fueran la prostitución, limpiar, ser maestra... pero al enviudar, muy joven, teniendo siete hijos que alimentar, el sindicato le había buscado aquel empleo a ella.

Cuando María conoció a mi madre, sus hijos eran ya hombres con carreras y ella tenía nietos. Sin embargo, para sorpresa de su familia, decidió dedicarse a mi madre, a mi hermano y a mí. Mi madre la necesitaba más que sus hijos. Así lo entendieron las dos mujeres.

El paso por la cocina de mi madre pudo ser, entonces, sólo en Navidad y de carácter radicalmente festivo. Recogiéndose el pelo en un kiki, nos convocaba al evento: unas veces en la cocina, donde la mirábamos cocinar el tradicional pavo estadounidense, con su relleno de pan y cebolla, su acompañamiento de patatas asadas con piel, y el magnífico pastel de chocolate escocés; otras veces, sobre el mantel de hilo, en el salón, donde preparaba el sukiyaki, un plato japonés al que se le podía echar huevo crudo encima cuando te pasaban el cuenco (daba asco al principio pero sabía bien), que comíamos con palillos o sorbiendo ruidosamente aunque sabíamos que eso no se hacía. Nos habían enseñado a comer siguiendo normas exquisitas, que incluían pelar las naranjas con cuchillo y tenedor. Con aquellas lecciones, yo me había empezado a dar cuenta de que había reglas sociales bastante ridículas, que pelar una naranja con cuchillo y tenedor era absurdo porque podía hacerse sólo con cuchillo, decapitando los polos y dibujando gajos sobre la piel rugosa, como hacía mi abuelo. En cualquier caso, hacerlo para variar tenía su gracia, así que en estas ocasiones me armaba hasta los dien-

tes con los dos utensilios y le pelaba la naranja a quien me la pusiera por delante, mientras mi hermano pequeño, agarrándose fuerte a una katana que trajo nuestra madre de Oriente, me emulaba con cara de buda cabreado.

Por decirlo de otra manera, en mi infancia no se produjeron esos numerosos momentos caseros en los que las niñas aprenden inconscientemente a cocinar viendo a su madre hacerlo, para en el futuro colmar las expectativas de la Humanidad llegando a ser una mujer capaz de cocinar "por puro instinto femenino" (la gran fachada de la opresión, su justificación última). Mi corta experiencia de aprendizaje culinario se limitaría a los bizcochos dominicales de María.

Los domingos, pues, encaramada a un taburete altísimo de club nocturno para llegar a la barra de madera que teníamos en la cocina, la tarde comenzaba con María reuniendo los materiales: ocho huevos, medio kilo de harina, cuarto de azúcar, los cuencos para batir, el tenedor, el recipiente del horno, la mantequilla, la espátula de goma; y yo, preparándome la merienda: en media barra de pan, alineando concienzudamente primero las rodajas de chorizo, luego las de salchichón y finalmente las onzas de chocolate. María primero mezclaba las yemas con el azúcar, batiendo con una rabia (*tie-ne-que-que-dar-muy-muy-fina, tie-ne-que-que-dar-muy-muy-fina*) que siempre me provocaba carcajadas con perdigones de pan masticado porque, indefectiblemente, me atragantaba. Llegaba mi turno: batir las claras al punto de nieve, lo más fascinante. Después, María echaba el huevo en la nube frágil para mezclarlo todo, y yo frotaba el molde con mantequilla y lo espolvo-

reaba con harina, con entrega. Por último, vertíamos la masa en el molde, una lengua de lava amarilla, y ¡al horno! María sacaba una botella de vino "de misa" y me echaba un chorrito. Pronto, la casa se inundaba de un olor tan bondadoso que debería disfrutarse de él en toda mesa de negociación política. Pinchábamos el bizcocho con una aguja larguísima, María gruñía de satisfacción, y sacábamos la obra: un rectángulo dorado y humeante, compacto, que se mantendría tierno día tras día porque no llevaba levadura. (No he vuelto a probar aquel sabor, supongo que en la infancia las cosas saben diferente.)

Para cuando llegué al infierno de la adolescencia, María había muerto de cáncer de mama, y vivíamos en la ciudad. Nos cuidaban dos personas: los martes y los jueves mi abuela materna, alta y guapa, cálida por fuera y fría por dentro, quien (las más de las veces) nos hacía fritadas para la cena; y lunes, miércoles y viernes, Basilisa, la asistenta, que por hacerle un favor a nuestra madre se quedaba unas horas más para darnos de cenar. Basi era flaca e igualita que Gila físicamente, sólo que con una melena densa y canosa, cortada a estilo tazón. Nos contaba historias de la posguerra española. Comían mondas de patata y si había suerte, rata, y le daban gracias a Dios por aquello, porque al menos estaban vivas y tenían qué comer. A nosotros nos hacía su especialidad, tortilla francesa, que acompañaba con patatas fritas a pesar de mis protestas: "No combinan, Basi. Las patatas fritas son para los huevos fritos, para la tortilla es la ensalada". "Calla y come, que no sabes ni freírte un huevo." "Porque no es mi función. Yo tengo que estudiar, freír huevos te toca a ti." "Mi-ra la se-ño-ri-

ta", replicaba, y yo no entendía por qué aquello era de señorita, si al instituto íbamos en pantalones casi siempre, y las chicas también participábamos en los debates de Filosofía, porque ya había llegado la democracia.

Como no iba a contarle a mi madre, que también trabajaba vendiendo parcelas fuera de Madrid los fines de semana, que mi abuela se quedaba con el dinero de las cenas —a pesar de que su hija, una pionera del feminismo sin saberlo, le pagaba un sueldito por su colaboración—, me veía obligada a resolver el problema. Dedicaba los sábados a compensar la falta previa de carne, pollo y pescado, consiguiendo, al tiempo, dar rienda suelta a mi creatividad: me inventaba platos. No usaba recetas porque sus imperativos y sus ingredientes imposibles me asfixiaban, me cortaban las alas. Mi hermano y yo comimos todo tipo de combinaciones nutritivas, y cómo nos asombrábamos, qué risa: "¡Sabe bien, sabe bien!". Todo salía rico en el horno, y era el método menos peligroso, el más amable.

A los dieciocho años me fui de casa. Los infiernos de la adolescencia a veces tienen este desenlace. Y olvidé cómo cocinar. Al principio, comía fruta y pan, cosas frías, pero mi amnesia continuó cuando mejoró mi situación económica. Quizá no deseaba permitir que nadie en este mundo presupusiera que por ser mujer tenía que saber cocinar. Empezaba mi vida de persona libre, independiente. No iba a hacer "lo natural", lo que se esperaba de mí por algo ajeno a mi voluntad, como tampoco iba a convertir el amor o el sexo en un contrato, pretendía ser libre siempre. Tampoco pensaba superar el horror a meterme un lápiz en el ojo para parecer más guapa, ni usar sujetador ni ropa que

moldeara mi cuerpo para parecerme a las mujeres-muñecas de los libros de texto misóginos que venden tan bien y tanto gustan a los hombres comunes. Ni siquiera iba a considerar la posibilidad de usar tampones. Mi relación con la vida iba a ser mi relación con la vida, no lo que me ordenaran los usos y las costumbres, porque en el reparto del sistema sexo-género me hubiera tocado el peor papel de los dos.

No sé por qué olvidé cocinar, pero sí que desde el día en que salí corriendo de la casa de mi madre hasta ayer, sábado, treinta años después, he sido absolutamente incapaz de cocinar nada que pudiera comerse, incluso aunque lo intentara, como en 1986 cuando una familia de un país en guerra me pidió una "tortilla española" y al girar la sartén de hierro macizo para voltear la sospechosa masa, cayó todo el contenido al suelo de tierra. Comimos huevos revueltos con patatas pasados por la arena.

Medito, ahora, de una manera un tanto onírica, que quizá olvidé cocinar porque sólo quería hacerlo para mi hermano y para mi madre.

En cualquier caso, lo importante es que ayer sábado hice croquetas, siguiendo la receta de mi querida Gloria de Xan, a quien filmé preparando este plato hace unos años, cuando ella tenía 77: después de picar el pollo y echarlo a la sartén con un par de cucharadas de aceite, espolvorear harina (tres cucharadas rasas por cada vaso de leche) y un poco de sal, mezclar bien, empezar a añadir leche del tiempo, a pocos, y remover, remover, remover...

COMPAÑÍA PARA "HE HECHO CROQUETAS"



CARMEN Y MARÍA, AÑOS SETENTA



Gloria señala la mata salvada de tréboles de cuatro hojas.

GLORIA DE XAN, SALVADORA DE TRÉBOLES DE CUATRO HOJAS Y MAESTRA DE HACER LA BESAMEL SIN GRUMOS

Era amor

I

Desde la bruma interior en que se veía envuelta, iba a trabajar. Todo era ajeno; su participación en el mundo era como la de una astronauta en la luna, estaba allí, el centro silenciado de todo, sin poder tocar nada sin mediación.

Estar allí y no estar, atrapada en su mente, asistiendo, sin pretenderlo, al día a día de su cuerpo, que no podía permitirse el lujo de estar triste porque era pobre, y una baja para cuidarse la salud ahora le habría costado quedarse fuera de la lista que la iba dando trabajo.

Estar triste, qué triste. Qué pena tan grande y tan irremediable. La mente, como un cofre olvidado, perdido, y el resto, callado llanto interior.

Entró en la sala de profesores del nuevo centro, vestida con ese total desinterés por el aspecto que da la depresión, con las maneras de alguien que, en esencia, ama la vida. Entró sin las gafas para no ver bien y así

evitarle más soledad a esta bruma interior

Sin embargo, al alzar la mirada hacia el fondo de la sala, en la penumbra, perfectamente definidos, vio unos ojos oscuros, intensos, amables. Una mirada que era lo único real que había visto en los últimos años, aunque de esto, o del hecho de poder ver a aquella distancia, aún no era consciente; ni siquiera le había llamado la atención.

Es lo que pasa cuando estás perdida: las cosas extrañas no te sorprenden; estás sencillamente vencida ante los acontecimientos, llevada por la corriente del tiempo.

Sería, dejó los libros en un extremo de la mesa, el más luminoso. Se puso las gafas, repasó el plan, se preparó para entrar en clase.



Pensó que probablemente habría sonado ya el timbre. En aquella aula no lo oía casi nunca, pero los chicos estaban recogiendo las cosas como sintiendo absoluta legitimidad para hacerlo. Salir del aula, esquivar con destreza y casi siempre con éxito los impetuosos y torpes movimientos adolescentes, cerrar al máximo el oído sano, para mitigar el agudo griterío del pasillo, el atronador rugido en el hueco de la escalera, y llegar a la sala de profesores para al fin fumarse un cigarrillo.

No sabía qué era lo que más le gustaba: si el sabor y el aroma del tabaco o aquel momento de intimidad en medio del bullicio, la rutina de abrir en el día esos momentos de silencio interior. No había llegado ninguna compañera, así que, con el aliciente añadido de poder fumar sin tener

al tiempo que hacer más cosas, se sentó en su rincón habitual, la zona más oscura de la sala, y encendió el cigarrillo.

Cuando exhalaba el humo tras una honda bocanada, vio entrar a una mujer, probablemente, la sustituta de alguien. Para él, que no se sorprendía fácilmente, fue inesperado, porque sintió una certeza de proximidad a ella, como si pudiera llegar a tener una relación con ella, y él no deseaba tener una relación.

Ella dejó su carga en la otra esquina de la sala, la más luminosa. Con el trasiego de profesoras y profesores, y la clara preferencia general por las zonas de luz, se reducían las posibilidades de que se encontraran. Siguió fumando tranquilo.



Esta historia de amor comenzó sola, antes de que lo pretendieran sus protagonistas.

(continúa)

II

Llevaba varias semanas en el instituto y de manera imperceptible (involuntaria también) había ido moviéndose hacia la esquina donde dejaba los libros una profesora que la caía bien (le parecía menos violenta que el resto). En aquel estado de hipersensibilidad, los incesantes amagos cotidianos de lo que ella llamaba "la ideología por defecto" (esa continua presión de juicios precipitados y presuposiciones sin fundamento, de intentos inconscientes, no visibles y empecinados, por imponer una comprensión del mundo, unos hábitos enemigos de toda curiosidad y amor a la libertad; ese empeño en homogeneizarlo todo para confirmar que el mundo es lo que es: lo que las costumbres dictan...) los sentía con total indefensión, la impactaban sin la mediación de su experiencia y su uso de la inteligencia, por lo que se concentraba ahora, en general, en evitar las relaciones, y si acaso, como refuerzo, en localizar a alguna persona que por consciencia o por inconsciencia fuera capaz de bondad. Ir llegando a aquella esquina había sido como un dejarse llevar por la corriente, por una corriente que no estaba arrastrando a nadie más, lo que era, sin duda alguna, buena señal.



—Es la sustituta de R. —dijo C., la profesora en la que ella se había fijado, una mujer morena, guapa, con un halo de alegría infantil que lo iluminaba todo.

Él asintió, como agradeciendo la cortesía. "Nos vimos el día en que llegó al centro" —añadió, con una son-

risa. A ella esto le sorprendió un poco, pues no recordaba haber hablado con él... aunque... un momento... "nos vimos" ¿Le había visto antes? Fue como recuperar un recuerdo muy antiguo... El de haber visto lo que no podía verse.

Ver lo que no puede verse. Qué extraño modo de ver. En dos ocasiones anteriores de su vida le había ocurrido algo así: ver algo que no era posible ver, pero que se entendía muy bien. La segunda había sido después de abandonar Ciudad de Guatemala, contra su voluntad aunque voluntariamente (como una persona adulta responsable), al llegar a San José de Costa Rica, aquella capital de la paz, según la macropolítica. Recién finalizado un viaje especialmente duro, no ya por la exigencia física sino por lo que implicaba el abandonar un lugar hallado, un proyecto que se ama, mientras miraba por la ventanilla de un destartado autobús, había visto (literalmente) que la gente no dejaba huellas al caminar. Esto era absurdo, porque caminaban sobre el asfalto. Pero ella lo había visto. Lo entendió como el anuncio de lo que la esperaba al volver a Europa (y si no hubiera diferenciado tan bien lo que la estaba pasando de lo que pasaba fuera, habría roto a llorar desconsolada, desesperadamente).

El contraste entre el sentido del trabajo en un lugar donde cualquier esfuerzo era aprovechado al máximo, un lugar donde la Guerra de Baja Intensidad no había conseguido dejar ciega a la gente, sino más bien lo contrario, con la visión de un paraíso turístico construido en el nido de espías de Centroamérica, donde la población autóctona se entregaba a creer historias de ficción escritas por agentes

de la CIA, se había presentado sin transición (ya que lo que lo llenó todo fue el sentimiento de exilio y no la consciencia de las cosas). Quizá de aquel contraste había surgido el momento lúcido: un muchacho se arreglaba el cabello mirándose en un escaparate y ni él ni nadie a su alrededor dejaba huellas en la acera.

En los segundos de ser presentada a aquel profesor, se dio cuenta de que no había sabido qué aspecto tenía, no había tenido ocasión de fijarse en sus rasgos —sólo recordaba aquella sensación de constatar una mirada intensa al fondo de la sala—. Y al fijarse entonces, reconoció sus ojos, efectivamente, grandes, oscuros y limpios, como la mirada de un niño, y su boca pequeña y dulce, y su nariz como su voz, grave y amable.

Él respondió a su saludo con una sonrisa y alargó la mano, lo que a ella le encantó porque prefería dar la mano. Aquello no se lo habían tolerado los hombres, en general: en las presentaciones, al ofrecer ella, cordialmente, la mano, solían tirar hacia sí para imponerle dos besos.

No se dijeron más y al cabo de un rato ella sacó los antidepresivos de un inmenso bolso viejo que llevaba en bandolera.

—¿Quieres? —se rieron, un tanto azorados los dos, aunque por diferentes motivos.



No sabía que acababa de encontrar a una persona con la que iba a ser feliz. No sabía que se enamoraría, ni que su intuición ya lo había decidido por ella. Él sí sabía todo esto, pero seguía resuelto a no iniciar ningún tipo de relación. Así

pues, desde el inicio, se fueron tratando con toda la inocencia posible (y con toda su consecuente libertad), sin que entrara en consideración el romance y las pequeñas y grandes tonterías y mezquindades que tan a menudo se asocian él, degradando todo lo que importa.

Su deseo no era nada más concreto que aquello entonces: estar cerca, en la misma habitación, en el mismo grupo... Verle era encontrar la paz: dejar o sacar cosas de su casillero, tomar café en un bar cercano, volver juntos al instituto... Casi prefería aquello, de hecho, a estar hablando con él, porque entonces se ponía nerviosa, reía nerviosamente, y decía y hacía cosas tontas —algo que en su manera de ser no era extraño, pero que en un estado como aquel no le salía ni le sentaba bien; es más, le salía muy mal y le generaba ansiedad.

Le gustaba oír su voz grave y el contraste con su risa de niño, le gustaba verle estar entre la gente, callado, tan amable que a veces le entraban ganas de darle un beso intenso de agradecimiento. Le gustaba también su inteligencia, la belleza que encerraba su comprensión del mundo. Tanta pasión y claridad al tiempo. A veces, escuchándole explicar algo —su voz como un rumor de río (hablaba poco pero cuando tenía algo que decir no había palito o piedra alguna que pudiera desviar el rumbo de su corriente)—, sentía ganas de reír sólo por el placer de escuchar lo que estaba diciendo.

"Esto es un regalo de despedida. A mí me gustó mucho, espero que te guste. Un abrazo."

—Pero ponle tu teléfono, si no, cómo te va a llamar.

No se le hubiera ocurrido algo así en mil años de experiencia en este mundo, y sin embargo, tenía bastante sentido: "No puedo, va a pensar que estoy por él, y no es eso..."

—¿Tú quieres verle otra vez o no?

—Sí...

—Pues ya está. Venga, aquí, añade: "Llámame".

A pesar de la alarma que sintió por dentro, obedeció. Un imperativo le parecía demasiado brusco, y lo suavizó con un "anda". Confiaba en C., pues era, como había dicho Machado de sí mismo, "en el mejor sentido de la palabra, buena".

Terminó de escribir cuando él entraba. No pudo darle el libro con calma, se lo tiró a las manos, mientras gesticulaba señalando la salida y decía, precipitándose finalmente fuera, adiós, había vuelto la profesora titular...

"Matar a un ruiseñor", de Harper Lee —leyó él para sus adentros. Vio la dedicatoria y no quiso pensar en ella, sino en la novela, que le apetecía leer.



En el tren de cercanías, en dirección a un nuevo centro, notó que le caían lágrimas, abundantes y silenciosas, y a pesar de la medicación que, de hecho, había conseguido que ella dejara de llorar y pudiera abordar el intento de controlar su cuerpo.

Qué son estas lágrimas

Se dio cuenta de que no lloraba a consecuencia de la depresión; lloraba porque cuando entrara en la siguiente sala de profesores, él no iba a estar allí, sentado apaciblemente, fumando su cigarrillo en el breve descanso...

Fue en aquel momento cuando se dio completa cuenta de que la vida era totalmente diferente si estaba él: era mucho mejor.

Y de algo más... No lloraba ni podía no llorar por nada conectado a la depresión.

III

Al despertarse, notó que era primavera.

En su interior, algo cambió de sitio, levemente, con naturalidad, sin dudas, y con aquel leve cambio, todo había vuelto a su lugar: volvía a ser ella.

Qué largo había sido el viaje. No ya aquellos meses de medicación, escribiéndole historias al joven psiquiatra que tanto la había ayudado. Tras su primera y en realidad única sesión propiamente dicha, en cuanto ella dejó de hablar, él, sin dudar de la necesidad que ella expresaba, le prescribió las drogas, y cuando ella preguntó si podría dejar de sufrir en algún momento, él explicó, primero, que somos pura química, por lo que al margen de nuestra voluntad están los hechos del cuerpo, que afectan claramente a la mente, y es necesario abordarlos, y que eso era lo que iba a hacer la medicación por ella. En segundo lugar dejó claro que ella no iba a necesitarle: no tendría que pagarse una terapia; él sabía que después de aquella compensación física ella resolvería sola sus problemas. Tenía

una capacidad sobresaliente para la introspección, para relacionar y también para separar cosas, por lo que sólo tendría que ir a verle para recoger las recetas. Si el mundo la consideraba excesiva, peligrosa, aquel precioso doctor establecía que ella era inteligente y razonable, y confiaba en ella.

Aquella parte del viaje, los meses medicada, había sido breve sobre todo porque al entrar en juego la supervisión de un médico, el proceso había tenido desde el principio un final. Los años anteriores, sin embargo, habían sido un "viaje al infierno", como ella lo llamaba metafóricamente, pues la metáfora de la tortura —el sufrimiento reiterado, sin parámetros de tiempo y espacio— era la mejor para describir aquel estado.

Ahora todo aquello quedaba lejos. Estaba inmersa en una mañana de primavera. Volvía en sí, a sí misma. Notó la vida, encontró su imagen en el espejo, se reconoció.

Bajó a hacer una compra, luego puso música, estuvo limpiando las zonas comunes de la casa compartida. Finalmente, entró en su dormitorio para ordenar, pero no como en un domingo de desesperanza, sino con alegría, como si acabara de independizarse.

Como el hambre después de nadar, le vino una idea a la cabeza, concreta, constructiva, de esas que resuelven y ayudan a dar pasos: "Volverle a ver. Pediré ayuda a C. Ella sabrá qué se puede hacer".



(continúa)

IV

—Todos esos años perdidos... sin conocerte...

—No son años perdidos. Las cosas ocurren...

—Cuando tú ibas a dejar de ser un adolescente, yo era una niña... Seguro que te habría caído muy bien pero —le ponía de mal humor sólo pensarlo— ¡me verías muy pequeña!

—Pues claro... —se reía.

—Ya pero... —ignorando el hecho, siguiendo con las imaginaciones—. Yo me pegaría a ti como una lapa, algo que extrañaría a todo el mundo. "Pero ¿qué le ha dado a esta niña con el muchacho?" Querría ir contigo siempre, a todos lados. Por ejemplo, cuando salieras con la bici, y tú me dirías que era demasiado pequeña, y yo me enfurecería. Otros días, me llevarías; a veces, te reirías pero a veces se te haría pesado...

—¿Y eso?

—Porque tendrías que esperarme haciendo que no me estabas esperando. Yo de pequeña era muy orgullosa... Te caería bien, pero a veces te cansaría tener que estar buscando trucos para esquivarme.

Él se rió. Estaba fumando y la escuchaba, entretenido. A ratos preguntaba, con curiosidad. Le gustaba imaginarla antes de haberla conocido, de niña, de adolescente, a los veintitantos, y también imaginar que podrían haber estado muy cerca y no haberse conocido.

—¿Dónde estabas en 1973?

—En Barcelona.

—Ah, sí... Yo en las antípodas... No nos habríamos encontrado... —y al rato— ¿Estabas en París en 1978?

—Sí. —Sus años de exilio en París combinados con la posibilidad de que ella hubiera estado allí en algún momento le parecían algo muy interesante.

—Yo fui con un intercambio del instituto. Imagina esto: coincidimos en la calle Saint Michel. Yo hacía pellas de la visita a la Torre Eiffel y tú ibas a comer al restaurante universitario de Mauvillón. Pasaste a mi lado y sin saber por qué, empecé a seguirte.

—Muchas persecuciones... —pero lo estaba imaginándolo.

—...hasta que te encontraste con una chica muy guapa, una francesa mayor que tú, con el pelo negro, corto, y los labios muy rojos. ¡Está loca por ti! —risas de él—. Entráis en el restaurante. Os sentáis en una zona donde hay un par de mesas largas juntas, y resulta que eres un exiliado y que hay más exiliados anarquistas, y gente de diferentes nacionalidades, parecen personas muy interesantes... —de pronto en sombra—: Nunca, nunca te habrías fijado en mí...

Se ríe él, ella le mira, lo que consigue sacarla de la historia —sus ojos son lo único real—, y empieza a reírse también. Se acurrucan, se abrazan y respirando juntos esa tibia dulzura que trae el amor, se quedan dormidos.

Comentario

Durante siglos, las sociedades humanas, a través del sistema de organización social patriarcal, han mantenido una actuación misógina y en general llena de **odios conceptuales** a grupos humanos, que nos ha arrebatado la historia de la mayor parte de la humanidad, además de adoctrinarnos en ignorar el potencial positivo de la mente humana. Esto, aplicado al grupo “mujeres” por ejemplo, ha sido masivo y profundo: forzadas a la identidad de género patriarcal definida en función de la cuestión de la gestación y el cuidado de personas, todo en la sociedad y la cultura ha ido en contra de que desarrollaran criterio propio y eligieran su vida. Con todo, muchas no se han amoldado totalmente o no han podido, o han resistido, **conservando** así, por fortuna para la especie, todo el **potencial humano**, no sólo lo que la cultura patriarcal fomenta en nuestra identidad.

Como escritora anónima, rechazo el sistema de valores y el sistema de valoración prevalente en la sociedad. Mi concepción de las personas es libre e igualitaria respecto al respeto que merecemos todo el mundo. Podemos ser de muchas formas, y es ridículo creer que todo depende de unos genitales. Podemos optar a dedicar nuestras vidas a muchas y variadas cosas, si así lo deseamos. No se trata sólo de que la Cultura o Sociedad prevalente haya presio-

nado continuamente para que **deshumanicemos** nuestra identidad, reduciéndonos a una caricatura de lo que podemos ser (que hay muchas formas de ser hombre, madre, etc., y no son absolutas o únicas). Ya se percibe a nivel social, más generalizadamente, que **imponer identidad es violencia contra las personas y la convivencia**.

Sin embargo, contenemos y **perpetuamos la cultura sin saberlo** incluso aunque practiquemos la autocrítica, de ahí que el aprendizaje a superar lo que criticamos fuera no puede omitir la autocrítica cotidiana. Y no pasa nada.

En estos relatos se rastrea esta lucha interna y con lo de afuera. Hacia el 2010, como activista y pobladora de mujerpalabra.net, acuñé, **desarrollar inteligencia feminista** y lo llevé a las aulas en la pública de personas adultas en Inglés y Coeducación, para **evitar el estancamiento** de “soy feminista” y “eres machista”, como herramienta inclusiva de visión y proceso de aprendizaje permanente, evitándose los bloques contendientes patriarcales, que nos condenan al enfrentamiento o la violencia conceptual, verbal y actitudinal cotidiana, esa que ejercemos a diario y construye el mundo patriarcal.

Desde la mirada de la inteligencia feminista en un contexto cultural patriarcal, mi mente y cuerpo, lo que yo veo del mundo, me permite observar, no sólo imaginar, intuir, sentir y experimentar, que la vida humana puede ser de hecho guiada por el ideal de **racionalidad empática**, ese que con toda probabilidad siempre ha existido y ese que siempre es perseguido en el padre de todos los sistemas de violencia. Y dada esa violencia compleja, extrema y continua, también concebí un nombre para diferenciarla de la

fuerza de lucha noviolenta en respuesta a ella, esa amorosa rabia que llamo **furiosidad feminista**, y es el motor de lo que considero la más importante revolución humana de la que tengamos noticia, la *revolución noviolenta* del feminismo (los feminismos). Estoy segura de esta revolución se ha desarrollado desde la consolidación del patriarcado en el Neolítico, y no como algo de los últimos tres siglos. Pero es posible que ahora seamos más quienes comprendemos lo importante y cómo se construye la violencia, y cómo se puede luchar con noviolencia, y conseguiremos que la sociedad prevalente cambie rumbo para no terminar desapareciendo del universo.

Como escritora cuya propia existencia cuestiona la cultura prevalente, y con ello, necesariamente, el uso violento del lenguaje, toda mi inteligencia creativa y mi esfuerzo creativo se vuelca en la constatación de lo que llamo **realismo diferente o noviolento**: hay enfoques a la vida, formas de mirar e interpretar el mundo y las relaciones que no son las que la cultura recoge como lugares comunes o posibles. Es más, durante siglos, imagino que la acción para borrar el rastro de su existencia (que no sus beneficios, que han sido lo que ha evitado nuestra extinción) ha sido apabullante, y lo imagino sencillamente analizando un ejemplo, la supuesta “historia de las mujeres” y lo que he tenido que enfrentar en mi vida como mujer por ser considerada un objeto, una incapaz para imaginar y razonar (contra toda evidencia).

Con **identidades** humanas que **no están en nuestro consciente colectivo**, que no reconocemos aunque estén ahí, estos relatos feministas recogen sin pretenderlo políti-

camente, como resultado de la expresión artística, realidades humanas desconocidas, negadas, distorsionadas... que muestran que **lo imposible y utópico** es el nombre patriarcal a lo humano que se quiere eliminar. La utopía es sólo una realidad que no prevalece socialmente, no un territorio de la no existencia.

Como hija de la sociedad patriarcal, en los relatos creo que también se refleja la lucha interior continua por la construcción de una identidad que **trascienda la cultura de la violencia y supere la autodestrucción a que se nos induce**: prevalencia o victimismo, triunfo o fracaso, caprichosa/criada (según clase) o mujer. Miro desde algo más básicamente humano y universal, el amor a la vida, a vivir disfrutando sola y en compañía, y el amor al mundo, a estar ahí, al movimiento, a desarrollar las cualidades y no justificar nuestras mezquindades y taras.

Y como soy mujer aquí y ahora, insisto en que no escribo "confesiones" ni "testimonios" sino **literatura**, generada por las razones por las que las personas llegan a necesitar el arte (no profesionalmente, para ganarme la vida).

Al elegir mi vida como fuente de inspiración y observación, me mueve, como a mucha gente que no ha pasado a la historia, una **sed de realidad** que la cultura no recoge por sus innumerables distorsiones, mentiras y manipulaciones. Saber algo que es, respira, que no tiene trampa o engaño.

Para ilustrar lo que intento decir ahora, tomemos por ejemplo, el único relato íntegramente imaginado que contiene este volumen, "Buscando trabajo". Lo cierto es que ningún personaje está inspirado en nadie en concreto

respecto al retrato de su carácter, personalidad, y los hechos tampoco. Y sin embargo, es verdadero, yo he buscado trabajo así, literalmente. Haciendo cosas que si las cuentas no te escuchan o comprenden. Y sé de personas que se han enamorado así, con ese impacto de liberación en sus vidas, de toma de contacto con su ser y con la vida. En el relato incluyo una sombra a personas de nuestra sociedad, que reconocemos con poco que se diga, porque su vida se desarrolla más acorde a todo lo que se espera de ellas, existen para la visión cultural, pero la presencia más viva es de otras que existiendo igual no vemos dado que se salen de lo que nos permitimos ver culturalmente. Y si las viéramos, sería juzgando y condenando, es decir, distorsionando lo que está ahí antes de siquiera verlo, sólo por miedo a que no es lo que debe estar ahí. O como en el caso de Gertrudis, que sólo vemos mientras se ajustan al mandato identitario cultural y luego descartamos incrédulas.

No creo que la creatividad y la imaginación empleada en “Buscando trabajo” sea mayor que en cualquiera de los otros relatos, más vinculados a la materia de mi vida. Yo diría que si acaso hay menos, aunque la invención sea mayor en un sentido superficial en *Buscando trabajo*.

Para mí, estos relatos hablan con la profundidad de ser literatura: tocando dentro, llevándote a sentir, imaginar, reflexionar..., incomodando o aliviando, empujándote a límites que no deberías tener. Los del enfoque, la narración, la temática, y el lenguaje patriarcal.

michelle renyé
agosto del 2020

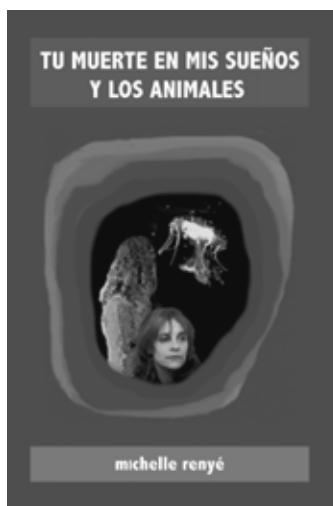
Leer poesía

Si te gusta alguno de estos relatos, quizá te guste leer el poemario *Tu muerte en mis sueños y los animales* porque cubre gran parte de los mismos años.

Si le tienes miedo a la poesía, lo mejor es olvidarse del yo, leer como si viajaras, o estuvieras en un sueño, o escuchando música, con curiosidad, dejándote llevar.

Cuando desarrolles tu propia relación con el poema, puedes generar más lecturas como juego de interpretación o para conocer desde otros lugares.

La literatura puede ser una forma de irnos conociendo y transmitiendo información desde y sobre nuestra humanidad... Es una fuente no impositiva para la introspección, la intuición y la reflexión...



CÓMO CONSEGUIR EL POEMARIO

Enviar correo con dirección postal completa y pedido a mi correo electrónico. Respondo con número de cuenta para

el pago. Avisada del ingreso, en el día de la semana que puedo ir a correos, hago el envío postal y te lo aviso por email.

- **1 libro** – 10€ + gastos envío
- **2 libros** enviados por la autora – 16€ + gastos

Libros dedicados: a personas desconocidas, con firma y fecha de firma; a personas conocidas, con nombre de quien lee y dedicatoria si me sale.

En librería La Cometa, donde voy a leer y firmar – 10€

**Tu muerte en mis sueños
y los animales** Poemas
de michelle renyé
Profesora en la EOI Fuengirola (M. Ford)

SE PUEDE **ADQUIRIR** YA EN
LA COMETA LIBRERÍA
JUGUETERÍA EDUCATIVA

Info: 622 88 00 97
C/ Antonio Machado 4
Las Lagunas





Este libro se envió a la imprenta el último día de diciembre
del año MMXX, época Covid19, Fuengirola

